CASANOVA

COMEDIA DEL GALANTE AVENTURERO
EN TRES ACTOS Y EN PROSA

8

50

24 horas fuera del colegio

NOVELA DE

VALENTIN DE PEDRO

INTERES
EMOCION

3 PESETAS

En todas las librerías y en
EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, núm. 18
MADRID

1880

CASANOVA

LORAN ORBOK

CASANOVA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR
FRANCISCO DE VIU

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid,
el día 21 de febrero de 1930

DIBUJOS DE SERVANDO DEL PILAR

LA FARIA

AÑO IV | 2 DE AGOSTO DE 1930 | NUM. 151
MADRID

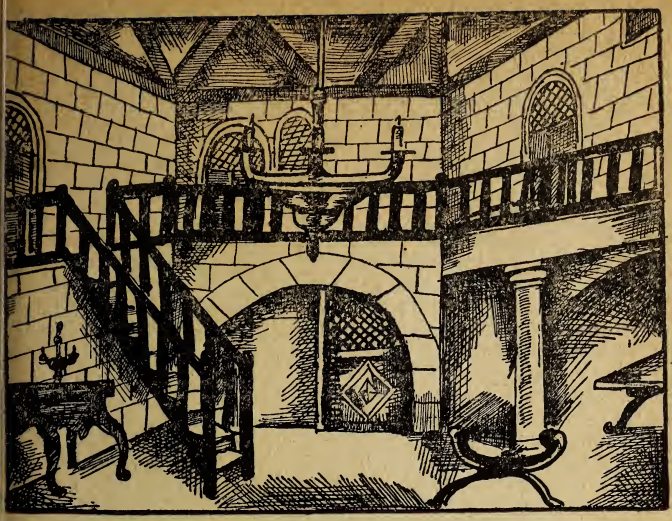
REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Casanova...	Camila Quiroga.
Leduc...	Antonio Armet.
El Abate Bernis...	Juan Porta.
Casabigui...	Carlos Díaz.
Dubois...	Salvador Ferrer.
El Capitán Húngaro...	Juan Porta.
Manzoni...	Julio Infiesta.
Alfani-Celi...	Argimiro Guerra.
El Hostelero de la "Balance".	Antonio Zamora.
El Hostelero de Cesena.	Salvador Ferrer.
El Teniente de Arqueros... ...	Enrique Núñez.
Arquero 1.º...	Angel Jiménez.
Arquero 2.º...	N. N.
Postillón 1.º...	Enrique Núñez.
Postillón 2.º...	Julio Infiesta.
Postillón 3.º...	Angel Jiménez.
Postillón 4.º...	N. N.
El Judío...	Carlos Díaz.
Un Camarero...	Conrado Tomé.
Henriette...	Carmen Nieto.
Julieta...	Silvia Passera.
El Ama de gobierno...	Nélida Quiroga.
La Bailarina...	Caridad Marinas.
La Cortesana...	Margot Casado.
La Vieja...	Natalia Fontán.
Manón...	Carmen Castex.
Rosa...	Enriqueta Lloret.

Primer acto: En Cesena el año 1748.
Segundo acto: En Ginebra en el mismo año, en la "Balance".
Tercer acto: En la "Balance", en el año 1770.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

678232



En Cesena el año 1748. Sala espaciosa de una hostería. En el fondo, línea de columnas que sostienen una galería-balcón de madera que la vuelta a toda la habitación. En la izquierda del foro, una gran puerta que da acceso a una habitación, en cuyo centro hay una gran mesa, y sobre ella, un enorme quinqué. A la derecha del foro, una escalera de madera muy pina que conduce a la galería-balcón. A la derecha, debajo de la galería, puerta grande de entrada a la hostería. A la izquierda, un gran espejo estilo veneciano, a cuyos lados hay dos columnas de madera sobre las que arden dos lámparas de aceite. Techo artesonado de grandes vigas; del centro pende un enorme quinqué encendido. Alrededor de la mesa, CASANOVA, MANZONI, JULIETA y una docena de JUGADORES, hombres y mujeres. ALFANICELI lleva la banca. Al pie de la escalera duerme profundamente sobre una silla un criado con la servilleta al brazo. Comienza a amanecer.

CASANOVA.—¡Cien cequíes al as!

ALFANI.—(*Tendiendo las cartas.*) ¡Van!

CASANOVA.—(*Tirando una carta.*) Una... (*Tirando otra.*) Una... (*Durante este tiempo el TENIENTE y los dos ARQUEROS han entrado por la derecha, andando con mucha precaución. El Teniente les hace signos para que no hagan ruido. El HOS-*

TELERO les señala la escalera. Casanova arroja las cartas sobre la mesa y entra en la sala. Los jugadores hablan entre sí en voz baja. Casanova, que viste un hermoso traje de terciopelo color rubí, con jubón de bocamangas de encajes de blonda, se deja caer en una silla y juega con un cequí que tira al aire y recoge después de verle voltear.)

MANZONI.—¿Ya?

CASANOVA.—Ya. (*Vuelve a tirar la pieza de oro, en el aire la recoge y se la muestra a Manzoni.*) ¡Mi última moneda!

MANZONI.—¡Diablo! ¿No chanceas?...

CASANOVA.—Y necesito partir esta misma noche para Nápoles. Vuelvo con mi adorable Teresa... Hace dos años que no la he visto... No ha sido chanza; yo no gasto nunca chanzas con el juego. Es él el que las ha gastado conmigo. Tanto mejor... Buen augurio para los amores. (*Toca en la espalda al Camarero, que se despierta restregándose los ojos.*) ¡Hola!... Un vaso de agua fresca.

(*Sale el Camarero.*)

MANZONI.—¿Te vas definitivamente hoy?

CASANOVA.—Sí; hoy por la mañana... Es decir..., si este maldito hostelero, que el diablo se lleve... (*Aparece el CAMARERO con un vaso de agua sobre una bandeja. Casanova bebe con avidez. El camarero va a salir.*) ¡Tú!

CAMARERO.—¿Me llamaba el señor?...

CASANOVA.—(*Tirando el cequí en la bandeja.*) ¡Para ti! (*El Camarero mira asombrado la moneda de oro.*) ¿No has comprendido?... ¡Que es para ti!

CAMARERO.—(*Balbuciente.*) ¡Gracias!

CASANOVA.—Puedes marcharte.

(*El Camarero sale. Casanova, pensativo, pasea por la habitación.*)

MANZONI.—(*Que le sigue con la mirada.*) ¿Qué piensas?

CASANOVA.—Pienso que Mahoma tiene razón en prohibir los juegos de azar.

MANZONI.—(*Riendo.*) ¡Bravo! Cuando la bolsa está huérfana surge la filosofía.

CASANOVA.—¡Nunca me siento tan despreciable ante mis propios ojos como cuando he cometido una tontería! He observado al banquero y he visto claramente cómo corregía a la suerte. Y yo, ¡como un imbécil, he estado dejándome engañar!

MANZONI.—¿Crees que hacía trampas?

CASANOVA.—Estoy seguro; lo he visto.

(*Durante este diálogo los jugadores se han separado de la mesa y forman varios grupos.*)

ALFANI.—(*Que entra en la sala oyendo las últimas palabras de Casanova.*) ¡Caballero! (*Casanova se vuelve súbitamente,*

cogiendo la empuñadura de su espada.) Vuestras últimas palabras me han ofendido...

CASANOVA.—(*Despectivo.*) No tengo por costumbre limpiar la hoja de mi espada en trapo tan miserable; pero como me encuentro de buen humor, os expediré pasaporte para el otro mundo.

ALFANI.—Pues yo voy a ver si esa famosa hoja de vuestra espada es tan cortante como vuestra lengua. (*Sale a la calle, indicándole que le siga.*)

CASANOVA.—(*Saca la espada y se dispone a seguirle. En este momento se oyen grandes voces en una de las habitaciones de la planta alta.*) ¿Qué es eso?...

(*Los ARQUEROS, que habían entrado en una de las habitaciones, salen empujados a la galería con el HOSTELERO.*)

TENIENTE.—(*Desde dentro de la habitación.*) ¡En nombre de la Santa Inquisición!

CAPITÁN.—¡Al diablo la Inquisición!

CASANOVA.—Hostelero, ¿qué pasa ahí arriba?

HOSTELERO.—(*Bajando la escalera.*) Es que anoche llegó un viejo a la hostería con una mujer joven. Los arqueros de la Inquisición han venido para averiguar si esa muchacha es verdaderamente su esposa... Si no pueden presentar un certificado de matrimonio, los encarcelarán... Pero... (*Bajo.*) con dos o tres cequíes podría arreglarse este asunto...

CASANOVA.—¿Quién ha forzado la puerta?

HOSTELERO.—Nadie la ha forzado... La he abierto yo. Era mi deber.

CASANOVA.—El deber de un salteador de caminos, pero no el de un hostelero discreto y honrado!

(*Algunos jugadores y Julieta avanzan.*)

JULIETA.—¿Pero qué ocurre?

HOSTELERO.—(*A Julieta.*) Los arqueros del inquisidor...

CASANOVA.—(*Interrumpiéndole.*) Los bandidos del inquisidor, que, en connivencia con este truhán, vienen a desvalijar a los viajeros.

HOSTELERO.—Yo os suplico...

(*Casanova sube la escalera como un gamo y cogiendo al Arquero 1.° por la espalda, de un golpe le tira al suelo, al lado de la escalera.*)

CASANOVA.—Ve y dile a tu inquisidor que yo iré a preguntarle si extranjeros honorables pueden detenerse en esta ciudad. (*Le da un empujón. El Arquero rueda por la escalera y cae en la sala. Se levanta palpándose el cuerpo. Cogiendo al Arquero 2.°*) ¡Tú también! A anunciar la visita de Giacomo Casanova, caballero de Saint-Gal. (*Le empuja por la escalera.*)

TENIENTE.—(*Sale por la puerta empujado y andando hacia atrás.*) ¡En nombre del inquisidor!...

(*El CAPITAN HUNGARO en camisa y con gorro de dormir, apuntando con una pistola al Teniente.*)

CAPITÁN.—¡Al diablo tu inquisidor!

(*Casanova le da un puntapié al Teniente donde la espalda pierde su honesto nombre.*)

TENIENTE.—(*Volviéndose con la mano puesta en el sitio donde recibió el puntapié.*) ¿Por qué os mezcláis en este asunto? ¿Qué queréis?

CASANOVA.—Quiero no tener que abochornarme de ser italiano.

TENIENTE.—¡En nombre de la ley...!

CASANOVA.—Si se respetase la ley en Cesena, hace tiempo que estarías tú columpiándote en una horca, bribón. (*Dándole otro puntapié en el mismo sitio.*)

TENIENTE.—(*Volviéndose a él.*) ¡Y con espada y pistola!

CASANOVA.—(*El mismo juego.*) Un excesivo honor, ¿verdad?... Bien siento no tener una vara...

CAPITÁN.—(*El mismo juego.*) ¡Bergante!... (*El Teniente retrocede, apoyando su espalda contra la pared.*) ¡Gracias, caballero! (*Tendiéndole la mano a Casanova.*)

TENIENTE.—(*Aprovechando la ocasión, se lanza a la escalera, que baja velozmente. Una vez en la escalera, grita.*) ¡Ahora ajustaremos cuentas!

CASANOVA.—(*Haciendo ademán de sacar la espada y de bajar la escalera.*) ¡Aguarda!... (*El Teniente sale corriendo a la calle. Con él huyen los Arqueros. Al Capitán.*) Yo iré a ver inmediatamente al inquisidor, y no tendré punto de reposo hasta que esos bribones y el hostelero no os pidan perdón de rodillas.

JULIETA.—(*A Manzoni.*) ¡Qué cuadrilla de cobardes!... No ví jamás cosa semejante... No se han atrevido ni a sacar las espadas...

JUGADOR.—Caballeros..., por si el suceso le creéis de buen agüero, yo pongo cien cequíes de banca.

(*Los jugadores, Julieta y Manzoni se dirigen a la habitación del fondo y se disponen a jugar alrededor de la mesa.*)

CAPITÁN.—¿A quién tengo el honor de saludar en vuestra persona?

CASANOVA.—(*Saludando gentilmente con el sombrero y haciendo una profunda reverencia.*) Soy Casanova, caballero de Saint-Gal.

CAPITÁN.—Yo soy Miguel Echedy, capitán húngaro al servicio de Su Majestad María Teresa... Partiré hoy por la maña-

na a Parma con la persona que me acompaña... ¿Estáis aquí de paso?

CASANOVA.—Parto en la posta para Nápoles dentro de media hora.

HENRIETTE.—(*Desde dentro.*) *Monsieur!*

CAPITÁN.—Con su permiso... Un momento...

CASANOVA.—(*Haciendo una reverencia.*) Sois muy dueño...

(*El Capitán entra en la habitación. Casanova camina lentamente hacia la escalera.*)

CAPITÁN.—(*Saliendo nuevamente.*) Caballero... La persona que me acompaña desea también agradeceros vuestra caballeresca intervención.

CASANOVA.—¿La persona que os llamó?... ¿Es una dama?

CAPITÁN.—Sí... Y a causa de ello vinieron aquí esos bergantes; como si ellos tuvieran el menor derecho de averiguar... Pero no han podido saber si era mujer: viaja con uniforme de húsares, como yo...

CASANOVA.—¿Con una voz tan dulce y vestida de húsar?...

CAPITÁN.—(*Mirando su facha ridícula.*) ¡Perdón!... No me había apercibido de esta *deshabillé* un poco ridícula... Si me lo permitís, iré a vestirme y volveré para estrechar vuestra mano... Yo no sé, pero se me antoja que mi mano no es la misma cuando no visto el uniforme.

CASANOVA.—(*Haciendo una profunda reverencia.*) ¡Capitán!...

CAPITÁN.—¡Caballero! (*Hace el saludo militar; pero al apercibirse de que lleva puesto el gorro blanco de dormir, lo tira dentro de la habitación.*) ¡Diablo!... (*Entra en su cuarto.*)

(*Casanova desciende la escalera silbando y se coloca delante del espejo, arreglándose la pechera.*)

JUGADOR.—De pároli...

OTRO.—Al as...

OTRO.—Al siete.

OTRO.—Copo.

BANQUERO.—No va más.

HOSTELERO.—(*Entrando.*) Me excusaréis, caballero.

CASANOVA.—(*Frente al espejo, sin volverse.*) Mandadme a mi criado.

HOSTELERO.—(*Yendo a la puerta de la izquierda.*) ¡Eh!... ¡Leduc!...

LEDUC.—(*Entrando y mirando de arriba abajo al hostelero.*) Señor Leduc, si queréis... (*A Casanova.*) ¿Me llama el señor?

CASANOVA.—¿Está todo preparado para el viaje?

LEDUC.—Ya están colocando las maletas en el coche.

CASANOVA.—Bien.

LEDUC.—Venía a decirle al señor que el dueño de la posta exige que se le pague adelantado. Siete cequíes...

CASANOVA.—¡Hum!...

LEDUC.—(*Sonriendo.*) Pero tenemos dinero. Distribuímos aú las propinas en oro.

CASANOVA.—(*Bajo, para que el hostelero no lo oiga.*) La úl tima monera de oro se va tan de prisa que no engarza con l primera de las que han de llegar.

LEDUC.—¿Se fué ya la última? Cuando a mí me quedan sól cuatro cequíes, ya no me atrevo ni a fumar.

HOSTELERO.—Como partís, caballero, tengo el honor de pre sentaros la cuenta.

CASANOVA.—(*Displicente.*) ¿Cuánto?

HOSTELERO.—Doce cequíes, sin contar la cena que encargas teis todas las noches para los comediantes. Ciento dos cequíe en total.

CASANOVA.—Leduc, págale. ¿Llevas dinero encima?

LEDUC.—En este momento no llevo cambio.

CASANOVA.—Bien... (*Al Hostelero.*) Ya se arreglará esta ba gatela.

HOSTELERO.—Como partís dentro de poco...

CASANOVA.—A propósito... Como Leduc no lleva dinero en est momento, pagadnos los billetes de la posta... hasta Nápoles.. Lo agregáis a la cuenta.

HOSTELERO.—Pero...

CASANOVA.—¡Pronto!

(*Sale el Hostelero.*)

LEDUC.—¡Estamos bien!... (*Con un suspiro.*) ¡Oh, aquello dos mil cequíes que teníamos ayer!...

(*Casanova hace un gesto displicente y sigue arreglándose los encajes de la pechera. HENRIETTE, con uniforme de húsar húngaro y gran capa azul obscuro, sale de su habitación. Mir curiosa desde la galería, atraviesa lentamente y baja por la escalera. Casanova, que la ha visto por el espejo, se vuelve pausadamente.*)

HOSTELERO.—(*Entrando.*) Ya he pagado la posta y lo he aña dido a la cuenta. Aquí está.

CASANOVA.—Bien... (*Sin quitar los ojos de Henriette.*) Bien...

LEDUC.—(*Entrando.*) Todo está listo para la marcha.

CASANOVA.—(*Sin dejar de mirar a Henriette.*) Ve y recoge las maletas del coche.

LEDUC.—¿Qué?

CASANOVA.—Recoge las maletas del coche.

HOSTELERO.—La posta parte dentro de cinco minutos.

CASANOVA.—Ya no vamos a Nápoles.

HOSTELERO.—Mas yo he pagado ya los billetes... Mirad la cuenta... (*Le muestra la cuenta a Casanova.*)

CASANOVA.—Tenemos tiempo... Partiremos más tarde.

LEDUC.—¿Puedo saber adónde?

CASANOVA.—(*Sin quitar los ojos de Henriette.*) ¡A Parma!

(*Leduc y el Hostelero salen.*)

CAPITÁN.—(*Vestido de uniforme, desciende rápido la escalera.*) Caballero... Ahora un apretón de manos fuerte y efusivo. (*Sacude la mano de Casanova. Presentando a Henriette.*) Nuestro espontáneo defensor, el caballero de San...

CASANOVA.—(*Haciendo una profunda reverencia y barriendo el suelo con la pluma de su sombrero.*) Casanova, caballero de Saint-Gal...

(*Henriette hace otra profunda reverencia acompañada de una sonrisa.*)

CAPITÁN.—Mi compañera Henriette... (*A una mirada interrogante de Casanova, bajo.*) Yo no sé de ella si no que se llama Henriette; creo que es suficiente...

CASANOVA.—(*Mirando a Henriette.*) Sí, es suficiente.

HENRIETTE.—Tengo entendido, caballero, que partís al instante, y me he apresurado a venir para deciros: ¡Gracias!

CASANOVA.—¡Oh, señora!...

HENRIETTE.—(*Tendiéndole la mano.*) Gracias.

CASANOVA.—(*Besándole la mano con una profunda reverencia.*) En este momento, con vuestro permiso, iré a buscar al inquisidor y haré que él venga a daros cumplida satisfacción.

CAPITÁN.—Vuestra noble intención es bella y arrogante; pero todo ello sólo provocará nuevos y molestos incidentes.

HENRIETTE.—Es verdad. Como partimos dentro de una hora, no vale la pena verdaderamente.

CASANOVA.—Señora..., soy vuestro rendido servidor... Sólo tenéis que ordenar.

HENRIETTE.—Entonces no vayáis a ver al inquisidor, y una vez más, gracias.

CASANOVA.—(*Haciendo una reverencia.*) Os obedezco. ¿Marcháis a caballo?

CAPITÁN.—Como no tenemos carroza, iremos a la posta.

(*Entra por el fondo LEDUC, que permanece discretamente a distancia.*)

CASANOVA.—Yo tengo una carroza de magníficos y dulces muelles, y os pido que me hagáis el honor de aceptarla para ir hasta Parma.

(*Leduc contiene la risa.*)

CAPITÁN.—Infinitas gracias, caballero; pero me parece recordar que antes dijisteis que partíais en seguida para Nápoles...

CASANOVA.—Cierto. (*Mirando a Henriette.*) Pero cambio de ruta. ¿Aceptáis?

HENRIETTE.—Con un gran placer, caballero.

(*Leduc se tapa la boca con el pañuelo para contener la risa.*)

CAPITÁN.—¿A qué hora será la partida?

CASANOVA.—(*Mirando siempre a Henriette, sin hacer caso al Capitán.*) A la hora que vos ordenéis.

CAPITÁN.—Nosotros pensábamos marchar después de la salida del sol.

CASANOVA.—(*A Henriette, sacando su reloj.*) Sólo tenéis que señalar la hora.

CAPITÁN.—Pues... a las cuatro...

HENRIETTE.—Sí, a las cuatro.

CASANOVA.—(*Haciendo una reverencia.*) A las cuatro partiremos, señora.

CAPITÁN.—Con vuestro permiso vamos a preparar el equipaje.

CASANOVA.—Como gustéis. (*Se saludan todos con una reverencia. El Capitán y Henriette suben la escalera y entran en su habitación. Antes Henriette vuelve la cabeza para mirar a Casanova, que, inmóvil, no deja de mirarla. Leduc no puede contener la risa. Casanova se vuelve hacia él.*) ¿Qué te pasa, imbécil?

LEDUC.—(*Soltando la carcajada.*) ¡La hermosa carroza de dulces muelles!

CASANOVA.—Es verdad... La carroza...

LEDUC.—(*Cayendo sobre una silla congestionado de risa.*) ¡La carroza!

CASANOVA.—¡Basta ya! (*Leduc se pone en pie sin reírse.*) Escucha. He visto una carroza inglesa en las cocheras del "Cisne de Oro". Su dueño me la ofreció ayer en venta. Ve a comprarla.

LEDUC.—¿Dónde vive?

CASANOVA.—No sé. Búscale.

LEDUC.—¿A las tres de la madrugada?

CASANOVA.—Le sacas de la cama, si es preciso, y le dices que le compro el coche en las cien guineas que me pidió. Partiremos dentro de una hora.

LEDUC.—(*Bajo.*) Será un poco difícil.

CASANOVA.—¡Despacha en seguida!

LEDUC.—¿Y el dinero?

CASANOVA.—Eso no es cuenta tuya. Vete, y si no traes la carroza, no vuelvas a presentarte delante de mí en tu vida. ¡Fuera!

(*Leduc sale. Casanova mira su reloj.*)

MANZONI.—(*Entrando por el foro.*) ¡Hola!... ¿Qué hay de nuevo?

CASANOVA.—Que a las cuatro me voy a Parma.

MANZONI.—¿A Parma?... ¿Y Nápoles?... ¿La divina Teresa?...

CASANOVA.—Ahora se llama Henriette, y la amo.

MANZONI.—¿Henriette?

CASANOVA.—Sí, y no es libre. Y son las tres y diez minutos y antes de las cuatro ha de pertenecerme y hemos de partir en mi propia carroza... Para ello es preciso, querido Manzoni, que en mi bolsa haya tantas veces diez cequíes como días de radiante felicidad he de pasar con ella... Además, he de pagar al hostelero, la carroza y los caballos...

HOSTELERO.—(*Entrando.*) Caballero... Un hombre os aguarda desde hace tiempo, frente a la puerta.

CASANOVA.—Sí, tengo que batirme.

(*Tira de la espada y sale precipitadamente a la calle. Manzoni y el Hostelero le siguen con la vista y presencian el duelo desde la puerta, reflejando en sus semblantes todas las peripecias.*)

MANZONI.—¡Qué loco!... ¡Cómo lo acorrala!...

HOSTELERO.—¡Ay!... ¡Ay!...

JUGADOR.—(*En la habitación del fondo.*) Cien cequíes al as.

MANZONI.—¡Bravo!

HOSTELERO.—(*Enjugándose el sudor de la frente.*) ¡Y delante de mi hostería!... ¿Qué tiene en la mano izquierda?

MANZONI.—El reloj.

OTRO JUGADOR.—¡Maldito rey!

HOSTELERO.—(*Llevando sus manos al costado como si hubiera recibido la estocada.*) ¡Ay!... ¡Ay!...

MANZONI.—¡Qué estocada maestra!... ¡Bravo!

CASANOVA.—(*Entrando con el reloj en la mano izquierda y la espada llena de sangre en la derecha.*) Las tres y cuarto... (*Al Hostelero.*) ¡Corred en busca de un cirujano para que le cosa la abertura del costado, por si el poco de alma que ese bergante tenía dentro del cuerpo no ha volado ya!

HOSTELERO.—(*Saliendo.*) ¡Pero, Señor, por qué han de hacerse estas cosas a la puerta de mi hostería!...

CASANOVA.—(*Limpia la hoja de su espada con el pañuelo, que guarda.*) En fin, ya hemos terminado una cosa. (*Entra en la sala de juego y queda apoyado en una columna.*)

JUGADOR.—(*Ofreciéndole una silla.*) Sentaos...

CASANOVA.—Gracias...; en este momento, no. (*El jugador sale. Después otros, hasta que sólo quedan cinco personas junto a la mesa. A Manzoni.*) ¿Qué dinero tienes?

MANZONI.—Treinta cequíes.

CASANOVA.—(*Con desprecio.*) ¡Bah! (*Sigue con gran atención el juego. Golpea nerviosamente el suelo con el pie y mira su reloj.*)

MANZONI.—(*Sentándose.*) Cinco cequíes al caballo.

(*LEDUC llega anhelante.*)

CASANOVA.—¿Qué hay de nuevo?

LEDUC.—Tengo la carroza. El inglés estaba jugando y perdiendo en el "Cisne de Oro". He conseguido que rebajara veinte guineas.

CASANOVA.—¿Le has dicho que le pagaré yo en persona?

LEDUC.—Le he dicho que era para un señor que quería guardar el incógnito.

CASANOVA.—Yo te he permitido que me nombrases.

LEDUC.—Vos me lo permitíais, pero la discreción no.

CASANOVA.—¡Bravo!... Las veinte guineas serán para ti.

LEDUC.—Gracias. El coche estará aquí dentro de media hora.

CASANOVA.—Bien. Puedes marcharte. (*Sigue el juego con gran atención. Leduc se retira.*)

JUDÍO.—(*Entrando de la calle.*) ¡Pchs, pchs!

LEDUC.—¿Qué queréis?

JUDÍO.—¿Sois el criado de ese gran señor extranjero?...

LEDUC.—¿De quién?

JUDÍO.—De ese señor veneciano que da propinas de un cequí de oro por un vaso de agua.

LEDUC.—¡Ah, sí!... Yo soy el que está al servicio de ese gran señor. ¿Qué queréis?

JUDÍO.—¿No podría hablar con él?

LEDUC.—Mi señor no tiene por costumbre recibir a nadie a la alborada.

JUDÍO.—Me han dicho que va a partir en seguida.

LEDUC.—Sí; ahora mismo voy a ordenar que venga su carroza. (*Hace ademán de salir.*)

JUDÍO.—Yo os suplico...

LEDUC.—Tengo mucha prisa. (*El Judío coloca una moneda en la mano de Leduc. Devolviéndosela.*) No tengo la costumbre de aceptar monedas.

JUDÍO.—(*Sacando otra moneda.*) Vamos..., vamos; ésta es de oro.

LEDUC.—(*Sin aceptar la moneda y disponiéndose a salir.*) Os sienta mal el intentar remedar a los señores.

JUDÍO.—¡Yo os lo suplico!

LEDUC.—¿Qué queréis?... Pero vivo... Tengo prisa.

JUDÍO.—Si por casualidad vuestro señor tuviese necesidad... La cantidad sería lo de menos...

LEDUC.—Yo no creo que mi señor necesite nada...

JUDÍO.—Si por casualidad quiere cambiar oro extranjero... o...

LEDUC.—Ya ha empaquetado todo su oro.

JUDÍO.—O cualquiera otra manipulación financiera...

LEDUC.—No lo creo... Pero por complaceros yo le pregun-

taré. (*Se acerca a Casanova y le habla aparte. Casanova avanza y mide con la mirada al Judío.*)

JUDÍO.—(*Haciendo una servil reverencia.*) Si vuestra señoría me hiciera el honor de su confianza...

CASANOVA.—¿Eres de Cesena?

JUDÍO.—No, señoría, soy veneciano; pero vivo aquí desde hace quince años.

CASANOVA.—¡Veneciano!... Entonces, compatriotas. En ese caso yo no puedo rehusar un pequeño servicio tuyo... Cambiaré en Parma... Allí tengo todos mis valores... Mas..., veamos, veamos qué puedo hacer por ti... Mira, quizá no tenga a mano suficiente dinero para el viaje... (*Se acerca a una mesa y se dispone a escribir sobre un trozo de papel.*) Veamos... ¿De cuánto dispones en este momento?

JUDÍO.—En este momento llevo encima cien cequíes. Mañana a mediodía podría servir a vuestra señoría mayor cantidad.

CASANOVA.—(*Escribiendo.*) Cien cequíes... ¡Bah! (*Dándole el papel.*) Ahí va una letra de cien cequíes contra un Banco de Parma; pon los intereses que quieras.

JUDÍO.—¡Señoría!... (*El Judío le tiende una bolsa*)

CASANOVA.—Dásela a mi criado; es él quien lleva el dinero. Y siento mucho no poder hacer más por un compatriota. (*Le vuelve la espalda y torna junto a la columna a observar el juego.*)

JUDÍO.—(*Contando el dinero en la mano de Leduc.*) Cien cequíes.

LEDUC.—(*Guardándose negligentemente el dinero en el bolsillo.*) Está bien. (*El Judío mira a Casanova, que, inmóvil, sigue observando el juego, e inicia el mutis.*) Podríais darme las gracias...

JUDÍO.—(*Haciendo una profunda reverencia.*) Vuestro humilde servidor...

LEDUC.—(*Dándole un golpe en la espalda.*) ¡Hasta la vista!

(*El Judío sale. Cuando ya ha desaparecido, Casanova se dirige a Leduc ansiosamente. Leduc le da el dinero.*)

CASANOVA.—Toma este cequí por la propina que has rehusado. Esto para pagar la carroza. Corre; paga y hazla venir en seguida.

(*Leduc sale.*)

CAPITÁN.—(*Desde la escalera.*) Henriette estará dispuesta a la hora convenida.

CASANOVA.—(*Mirando su reloj.*) Mi capitán... Dispongo de muy poco tiempo y os suplico que me perdonéis si hablo con excesiva franqueza y claridad.

CAPITÁN.—¿Poco tiempo?... De aquí a Parma podremos hablar hasta que se nos disloquen las quijadas.

CASANOVA.—Capitán... Tuve el honor de ofreceros mi carroza, y a vuestra disposición está. Pero el que yo os acompañe depende de ciertas condiciones, y estas condiciones son las que hemos de acordar ante todo.

CAPITÁN.—No os comprendo...

CASANOVA.—Yo os pido perdón, pero como no tengo tiempo de subir por la escalera, voy a entrar por la ventana. ¿Desde cuándo vivís con esa dama que os acompaña?

CAPITÁN.—(*Riendo.*) No es preciso tanto circunloquio para cosa tan sencilla. Desde hace tres días.

CASANOVA.—¿Quién es ella?

CAPITÁN.—También yo quisiera saberlo; pero sólo sé que es hermosa y que se llama Henriette.

CASANOVA.—¿Dónde la encontrasteis?

CAPITÁN.—(*Con gran parsimonia.*) Un teniente, amigo mío, fué desde mi país a Roma con cierta misión... Yo pedí seis meses de licencia para acompañarle, aprovechando con placer la ocasión de visitar la ciudad cuyo nombre evoca tanto recuerdo grandioso...

CASANOVA.—(*Mirando su reloj con gran impaciencia.*) ¿Y Henriette?

CAPITÁN.—(*Con cachaza.*) Abandoné después de un mes la ciudad en otros tiempos reina del mundo, cuando el cardenal Albani envió a mi camarada a Nápoles. Le seguí... Estaba curioso de ver ese puerto que los antiguos llamaron "Centum Celæ", y que hoy llaman...

CASANOVA.—¿Y Henriette?

CAPITÁN.—(*Riendo.*) ¡Qué impaciente sois!... Cuando lleguéis a mi edad ya no os precipitaréis tanto.

CASANOVA.—¿Y Henriette?... ¿Estaba sola?

CAPITÁN.—Estaba con un viejo oficial. Después supe que era su padre, que pretendía recluirla en un convento. Entonces la muchacha se vistió de militar para poder huir... Eso es todo lo que sé.

CASANOVA.—¡Bah!... Después de todo me es igual. (*Súbitamente.*) Capitán..., soy joven y amo a Henriette. Ahora, cuando el sol se levante, he de llevarla a Parma como querida mía, y (*Sacando la espada.*) desde este momento estoy a vuestra disposición: aquí, fuera de la hostería o donde queráis...

CAPITÁN.—(*Riendo.*) ¡Ah, la juventud..., la juventud!...

CASANOVA.—(*Volviendo a mirar el reloj.*) Capitán, tengo otras muchas cosas que hacer en este momento...

CAPITÁN.—Si me hubierais escuchado con calma, sabríais ya que no soy yo precisamente el hombre que ha de atravesarse en vuestra ruta.

CASANOVA.—¿Entonces?...

CAPITÁN.—Henriette me ha hecho prometer que en cuanto lleguemos a Parma la abandonaré, con la formal promesa de no haberla conocido en mi vida.

CASANOVA.—¿Y habéis consentido?

CAPITÁN.—(*Con resignación.*) ¡Ay, estos tres días han sido más que suficientes para convencerme!... El traqueteo del coche, las malas noches sin dormir..., todo esto ha sido de una triste elocuencia para mí.

CASANOVA.—Entonces ¿la aguarda algún hombre en Parma?... ¡Le mataré!

CAPITÁN.—¡Bravo!... ¿Pero y ella?... ¿Estará conforme?...

CASANOVA.—Es verdad. (*Mirando el reloj.*) ¡Pero aun tengo media hora!...

CAPITÁN.—Ahora saldrá y podéis hablarla. Yo voy a ver si puedo dormir... ¡Hasta la vista y buena suerte! (*Le da la mano.*)

CASANOVA.—Os estoy verdaderamente agradecido.

CAPITÁN.—¡Quién sabe!... Acaso sea yo el que tenga que estaros agradecido... En otro tiempo, si este húngaro hubiera encontrado a esa bella italiana, la hubiera defendido contra todo; pero hoy... ¡es mejor así! (*Dándole la mano.*) ¡Adiós y... buena suerte! (*Sube la escalera y entra en su habitación.*)

CASANOVA.—(*Acercándose a la mesa de juego.*) Sólo dispongo de diez minutos, porque he de partir... Ochenta cequíes al siete. (*Murmullos de los jugadores.*) Los ciento sesenta al as.

(*Más murmullos. Algunos jugadores se levantan. Expectación en la partida.*)

HOSTELERO.—(*Que entra seguido de LEDUC.*) ¿Dónde está ese aventurero?

LEDUC.—(*Cogiéndole del brazo.*) ¡Cuidado con lo que decís al hablar de mi señor!

HOSTELERO.—¡Y yo que he pagado los billetes de la posta! Cuando sé que no tiene un cequí.

LEDUC.—¡Imbécil!

HOSTELERO.—¡No se puede ser bueno!... El caso es que ha perdido hasta su última moneda y no podrá pagarme...

(*Los jugadores se levantan todos.*)

JUGADOR.—(*A otro.*) ¡En cinco minutos!... ¡En mi vida he visto suerte semejante!

(*Salen los dos jugadores.*)

JULIETA.—(*A Casanova.*) Os estoy muy agradecida por haber hecho saltar la banca, que tanto dinero me ha ganado. Habéis sido nuestro vengador. Ya puedo irme a dormir tranquila... ¡Adiós, buenas noches y un buen día! (*Sale.*)

MANZONI.—(*A Casanova.*) ¡Buen viaje!

CASANOVA.—¿Te vas?

MANZONI.—(*Bajo a Casanova.*) ¿No sabes que estoy encargado por Querini de vigilar a su mujer? Todos los días tengo que escribirle dándole cuenta de cómo se comporta su Julieta.

CASANOVA.—¿Y eres tú quien la guardas?

MANZONI.—(*Muy serio.*) Concienzudamente. No la dejo *ni un solo momento.*

CASANOVA.—(*Riendo.*) ¡Hasta la vista!

MANZONI.—¡Adiós! (*Le estrecha la mano y sale acompañado de un jugador.*)

HOSTELERO.—(*A Casanova.*) ¡Oiga, señor!

CASANOVA.—(*A Leduc.*) Amontona todo eso, que ya no cabe en mi bolsa. (*El Hostelero mira asombrado la mesa donde hay grandes montones de oro y billetes. Leduc recoge el dinero, cayéndose algunas monedas al suelo. Señalando al Hostelero.*) Paga a este desollador.

HOSTELERO.—¡Oh, no corre prisa ninguna, señoría!

CASANOVA.—Y ve a ver si mi carroza está lista.

HOSTELERO.—(*Estupefacto.*) ¿Vuestra carroza? (*Sale.*)

LEDUC.—(*Contando el dinero.*) Mil ochocientos sesenta cequíes...

CASANOVA.—No, cequíes no. ¡Días de triunfo y de felicidad!

LEDUC.—(*Adelantándose con una gran bolsa repleta de monedas.*) ¿De cuánto fué la primera postura?

CASANOVA.—De ochenta cequíes.

LEDUC.—¿Todo lo que teníamos lo habéis arriesgado de una vez?

CASANOVA.—Sí, y hubiera arriesgado la vida también de una sola vez. ¡Todo o nada! Pero ahora ¡tres meses!... ¡Tres meses de dicha y voluptuosidad! (*Se abre la puerta de la habitación de Henriette.*) ¡Vete! No dejes entrar a nadie. (*Mirando su reloj.*) Y dentro de un cuarto de hora anuncias el coche.

(*Leduc va a decir algo, pero a un gesto severo de Casanova sale precipitadamente. HENRIETTE desciende la escalera. Cuando no le quedan más que cuatro escalones se detiene. Viste uniforme de húsar húngaro y una gran capa azul obscuro. Casanova hace una profunda reverencia.*)

HENRIETTE.—Todo está preparado para la marcha... Podemos partir cuando queráis... ¿Aun no ha salido el sol?

CASANOVA.—¡Sí; con vos, señora! (*Se acerca a la escalera.*) Señora..., antes de decidirme a acompañaros a Parma...

HENRIETTE.—¿Cómo?... Hace un momento dijisteis...

CASANOVA.—Os he ofrecido mi carroza para que os lleve a Parma. Vuestra es; pero el que yo vaya depende de vuestra respuesta.

HENRIETTE.—¿De mi respuesta? ¿Qué respuesta?

CASANOVA.—Señora..., ¿quién os espera en Parma?

HENRIETTE.—¿En Parma? Nadie.

CASANOVA.—¡Nadie!... ¿Es verdad?... ¿Nadie? (*Súbitamente.*) Entonces ¿por qué habéis prohibido al capitán que esté con vos allí?

HENRIETTE.—¡Oh, yo no le he prohibido!... No tengo el derecho.

CASANOVA.—¿Que vos no le habéis prohibido?...

HENRIETTE.—¡Oh, no!... Le he rogado.

CASANOVA.—Y él ha consentido.

HENRIETTE.—(*Sonriente.*) Sí. Y creo que no le costará gran trabajo complacerme.

CASANOVA.—Si es capaz de ello es que no os ama, porque no supo miraros.

HENRIETTE.—¡Pobre viejo!... Fué sólo un capricho pasajero. ¡El pobre!... ¿Era esto todo lo que deseabais preguntarme?

CASANOVA.—No era sólo eso... Quería también preguntar si puedo acompañaros a Parma.

HENRIETTE.—Cuando ya he aceptado vuestra carroza..., la pregunta es superflua.

CASANOVA.—Acaso; pero yo me encuentro ante esta cuestión como al borde de un abismo, y siento el vértigo que me atrae... ¡Por eso suplico vuestra respuesta! Pronto, pronto, señora..., ¡mi adorable Henriette! ¿Queréis que os acompañe a Parma?

HENRIETTE.—El tono vuestro ya da otra importancia a mi respuesta.

CASANOVA.—Habéis comprendido que yo no soy como el viejo capitán; que yo no sabré separarme de vos; que yo no me resignaré; que yo no podré olvidaros... Respondedme... ¡Os lo suplico!

HENRIETTE.—¿En una palabra?... ¿Sí o no?

CASANOVA.—Si decís "sí", vendréis conmigo a Parma, pero seréis para mí, solamente para mí. Si decís "no", partiré ahora mismo para Nápoles e intentaré el heroísmo de olvidaros.

HENRIETTE.—(*Riendo.*) ¡Jamás vi una tan furiosa declaración de amor! (*Remedándole.*) ¿Me amáis?... ¿No me amáis?... Si no me amáis podéis seguir vuestro camino... (*Ríe.*)

CASANOVA.—Podía haceros otras declaraciones bien distintas a ésta. Conozco otras palabras de amor dulces y sutiles que empleé otras veces; pero no podéis exigir ahora que os presente en un estuche de raso todo el fuego de un volcán. Sé que lo que acabo de deciros no es amable, ni galante, ni poético, pero es el grito de una pasión que hace temblar mi corazón y oprime mi garganta, hasta el extremo de estar admirado de haber podido vestirla con tantas palabras. Dos cami-

nos tengo delante de vos, y vos debéis decidir mi ruta; he puesto mi suerte en vuestras manos.

HENRIETTE.—¿En mis manos? ¡Pesada carga para estas pobres manos, que apenas pueden sostener la suerte mía!

CASANOVA.—Sólo tenéis que pronunciar una palabra y desde este momento vuestra suerte estará en mis manos, que son fuertes y no han temblado jamás.

HENRIETTE.—Si acepto...

CASANOVA.—¿Aceptáis?

HENRIETTE.—(*Sonriendo.*) He dicho: si acepto... Y he querido decir: si acepto será porque adivino que esa mano es fuerte, es noble y no tiembla. ¡Me encuentro tan sola y abandonada después de estos tres días de la primera aventura de mi vida!

CASANOVA.—(*Asombrado.*) ¿Ha sido esta vuestra primera aventura? ¿Con ese pobre viejo?...

HENRIETTE.—No busqué otra cosa que mi libertad... Después vi que era viejo, que no le amaría... ¡Pobre! El ha sido bueno para mí; me ha tratado como a una hija; pero se creía obligado a representar el papel de amante hasta el final. (*Oculta la cara entre las manos.*)

CASANOVA.—Comprendo... ¿Y por eso le exigisteis que os abandonara al llegar a Parma?

HENRIETTE.—Sí.

CASANOVA.—¿Y qué pensabais hacer sola en Parma? ¿Conocéis la ciudad?

HENRIETTE.—Jamás estuve en ella.

CASANOVA.—¿Conocéis a alguien allí?

HENRIETTE.—A nadie.

CASANOVA.—Pero, al menos, ¿lleváis dinero?

HENRIETTE.—Ninguno.

CASANOVA.—¿Equipaje?... ¿Vestidos?

HENRIETTE.—Lo que llevo sobre mí.

CASANOVA.—¿Y así pretendíais llegar a una ciudad desconocida?... ¿Sola?... Pero ¿qué pensabais?

HENRIETTE.—Nada... ¡Huir!

CASANOVA.—¿Y si os seguían?... (*Súbitamente.*) Si os siguen tropezarán con la punta de mi espada. No podrán deteneros por la fuerza.

HENRIETTE.—No lo temo.

CASANOVA.—¿A quién teméis entonces?

HENRIETTE.—Existe una persona... que si me escribe una sola palabra me hará perder todos los ánimos, toda la voluntad.

CASANOVA.—¿Quién es esa persona?... ¿Un hombre? (*Henriette desciende dos escalones y le muestra un medallón que lleva*

colgado al pecho.) ¡Oh, una viejecita con cabellos blancos! ¡Y es igual que vos!...

HENRIETTE.—¡Un día llegará en que seré yo también una viejecita como mi madre...

CASANOVA.—¡Jamás, jamás!... ¡Seréis siempre así de joven y de hermosa, y yo os amaré toda la vida!

HENRIETTE.—¡Siempre!... ¡Si fuera verdad!... Pero acabáis de decirme que si no os amo, marcharéis a Nápoles a olvidarme...

CASANOVA.—Era una decisión heroica, sin esperanza en el triunfo; decisión que espero no ha de tener lugar, porque ¡es preciso que me améis! ¡Lo quiero!

HENRIETTE.—¡Quiero!... ¡Qué bella palabra!... Da la sensación de que al final de un largo viaje por mar pusimos por fin los pies en tierra firme. ¿Sabéis que es lo que más me place de vos? La ciega confianza que tenéis en vos mismo; esa gran seguridad que aleja la febril incertidumbre de las aventuras... Cuando por primera vez os vi, al llegar ayer tarde—vos no os fijasteis en mí; estabais absorto en el juego—, se lo dije a mi acompañante. ¡Perdonadme, os lo suplico! Os tomé por un aventurero.

CASANOVA.—¿Y me pedís perdón a mí?... ¡A mí!, que hace un momento, cuando estabais dos escalones más lejos de mí aún, os tenía por... por una..., ¡perdonadme!

HENRIETTE.—Equivocación recíproca... Pero esta vez ¡qué bella desilusión!, ¿verdad?

CASANOVA.—¡La más bella, la más dulce desilusión! Pero todavía nos separan dos escalones.

HENRIETTE.—¿Y adónde conducirán?

CASANOVA.—¡A la felicidad!

HENRIETTE.—(*Moviendo la cabeza.*) ¡Felicidad!

CASANOVA.—Soy joven, fuerte, libre y, lo que es más importante, mi bolsa está repleta de oro... ¡Juventud, amor y oro!... Tres cosas que, reunidas, forman, aunque neciamente lo nieguen los pobres filósofos, la más tangible felicidad.

HENRIETTE.—¡Juventud, amor y oro!... ¿Y si alguno de ellos desaparece?

CASANOVA.—En este momento los tres están reunidos. No pensemos en lo que pueda llegar mañana... Cada minuto de hoy es una eternidad de dicha, y no quiero dejarlas marchar. ¿Debo acompañaros a Parma o no?

HENRIETTE.—¿Siempre en ese tono imperativo?

CASANOVA.—Sí.

HENRIETTE.—¿Sabéis que parecéis más loco que enamorado?

CASANOVA.—Sí... Pero es que en este gran momento decisivo hierve hasta la última gota de mi sangre. La incertidumbre

me da vértigos, y siento que no podré contenerme un minuto más. ¿No tengo razón?

HENRIETTE.—Ninguna. No estoy decidida aún.

CASANOVA.—No es cierto. Estoy seguro de que ahora mismo me diréis: "¡Acompañadme a Parma!"

HENRIETTE.—(*En voz baja, temblando.*) ¡Sí..., venid conmigo a Parma!

CASANOVA.—(*Cogiéndola de la mano.*) ¡Henriette!... (*Le cubre la mano de besos.*) Mi buena, mi encantadora, mi dulce Henriette! (*Arrodillado en el primer escalón, tendiéndole los brazos.*) ¡Mi vida!... ¡Te adoro! (*Se levanta, la coge en sus brazos, llevándola hacia el banco. Sus labios se unen en un largo beso. El sol sale y llena el techo, las paredes y el suelo de manchas y redondeles de oro al pasar por los huecos y las vidrieras.*) ¡Mira!... ¡El sol, que cubre la tierra de besos amorosos y arroja monedas de oro a nuestros pies!

HENRIETTE.—¡La felicidad!, ¿verdad? Dijiste antes que para la felicidad es necesario el oro.

CASANOVA.—(*Mostrando su bolsa repleta.*) ¡Míralo!... ¡También tenemos oro! (*Henriette se levanta y queda frente a él pensativa.*) ¿En qué piensas?

HENRIETTE.—En el mañana...

CASANOVA.—Cada momento de dicha es una eternidad. Cada pensamiento nuestro que demos al mañana es robar un minuto a la felicidad presente. ¡Te amo! (*Se juntan sus labios. LEDUC entra y tose.*) ¿Qué quieres?

LEDUC.—La carroza espera.

CASANOVA.—¿Está todo preparado?

LEDUC.—Sí, señoría. (*Henriette le mira con los ojos muy abiertos, asombrada, pálida.*) He cargado las pistolas, pues ha llegado a mis oídos que el banquero a quien hicisteis quebrar tramaba algo contra nosotros. Está furioso de que le hayamos dejado sin blanca.

(*Henriette mira a uno y otro cada vez más asombrada.*)

CASANOVA.—¡Imbécil! Yo sólo te he preguntado si estaba todo listo para partir.

LEDUC.—Sí, señor. He comprado para la señora una capa de viaje y un velo. En el coche están.

CASANOVA.—¿Quién te ha dicho que compres eso?

LEDUC.—La práctica, señor.

CASANOVA.—(*Riendo.*) Bien. Aguarda en el coche. (*Leduc sale.*) ¡Vamos a Parma! (*Va a abrazarla. Henriette retrocede instintivamente. La mira asombrado. Después comprende y dice súbitamente.*) ¡Ah!... ¿Habéis comprendido todo?... Mi criado ha sido más sincero que yo... ¡Tanto mejor!... (*Levanta en alto la bolsa repleta de oro.*) ¡Está repleta! ¡Podré cu-

brirte de sedas y encajes... Los he contado. ¡Noventa días de soberana felicidad cantan en mi bolsa! ¡Noventa días de la más loca dicha y el más ardiente amor!... ¡Esto es lo que te ofrezco! No puedo prometerte más. ¿Qué vendrá después?... No lo sé. Acaso la inquietud, las pequeñas miserias de familia griten tras nosotros; pero para mí todo eso es la muerte, y yo ¡quiero vivir! Mi amor es como boda de príncipes... Cuando los brillantes fuegos de artificio del oro se apaguen y el palacio se cierre, continuaré mi camino entonando mi canción. No quiero engañarte. Ya sabes todo lo que puedes esperar de mí... Y ahora, por última vez: ¿Quieres que te acompañe a Parma?

HENRIETTE.—(*Da un paso hacia él. Casanova abre los brazos. Como un temblor.*) ¡Te amo! (*Se besan.*)

CASANOVA.—¡A Parma!

HENRIETTE.—(*Mirando hacia la habitación del capitán.*) ¿Y él?...

CASANOVA.—El se queda aquí.

HENRIETTE.—¿Cómo lo sabes?

CASANOVA.—El mismo me lo ha dicho.

HENRIETTE.—(*Después de un corto silencio.*) ¡Pobre!... ¡Quedará muy triste!... ¡Creo que me amaba un poco! (*Cogiendo de la mano a Casanova.*) Ven... (*Suben la escalera y se aproximan a la puerta de la habitación del capitán y escuchan un momento. Después ella golpea dulcemente en la puerta.*) ¡Pobre viejo!... (*Atiende un momento. Henriette entreabre la puerta y escucha. De la habitación sale un fuerte ronquido que suena como un redoble de tambor.*)

CASANOVA.—(*Con ironía.*) ¡Pobre viejo!

(*Descienden abrazados y de prisa la escalera.*)

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

n Ginebra, en la "Balance". Habitación espaciosa. A derecha e izierda, puertas con tapices representando églogas. Al fondo y a derecha, una puerta vidriera con visillos de muselina. A la izierda, ancha galería con triple ventana de pequeños cristales. A ta galería conducen tres escalones. Entre la puerta vidriera y la galería, péndulo monumental. Crepúsculo de estío.

(*LEDUC mira por la ventana.*)

CASANOVA.—(*Entra por la puerta de la izquierda y la cierra ras él con cuidado. Bajo, casi cuchicheando.*) Leduc... (*Leduc e vuelve.*) ¿Qué haces ahí?

LEDUC.—(*Bajo.*) Venid a ver... (*Casanova va a la ventana. Se oye un silbido, al cual responde otro.*) ¿Oís? Han apostalo esbirros alrededor de la casa. Se nos vigila.

CASANOVA.—¡Bandidos!

LEDUC.—El camisero debe haber presentado demanda por la uenta de las veinticuatro camisas de Valenciennes, pues he isto al hostelero salir de casa del gobernador...

CASANOVA.—¡Bandidos! ¡Yo que les he arrojado el oro a maos llenas!...

LEDUC.—¡Esto fué lo primero que nos hizo sospechosos!

CASANOVA.—Tienes razón; Ginebra es una ciudad de avaros.

LEDUC.—No os perdonan que la misma vida que ellos hacen hipócritamente y en secreto, la hagáis vos abiertamente y con ruido.

CASANOVA.—Siempre sentí frío en el alma cuando viví en Ginebra. En su hipocresía se nota que es una ciudad protestante.

LEDUC.—No; protestan contra vuestra prodigalidad, contra vuestra querida y, sobre todo, ¡contra vuestras deudas!

CASANOVA.—Leduc... (*Sacando sus sortijas de los dedos, las unas después de las otras; su reloj de oro del bolsillo del pantalón y dándoselo todo a Leduc.*)

LEDUC.—¿Cuánto debo pedir por todo?

CASANOVA.—Cuanto sea posible.

LEDUC.—Bien. (*Va a salir.*)

CASANOVA.—Procura que cuando traigas el dinero no se aperciba nadie de nada. ¿Has comprendido?

LEDUC.—La advertencia era superflua. (*Con intención.*) La señora no sabrá nada de la situación. (*Sale.*)

(*Casanova va a la ventana y la abre. Se oye una música lejana. HENRIETTE entra por la izquierda. Va suavemente hacia la poltrona, se sienta, saca de la cesta un tambor para encaje y trabaja. Casanova se vuelve y ve a Henriette; avanza lentamente y la mira. Henriette le mira sonriendo.*)

CASANOVA.—¿Todavía esa puntilla?... Trabajas desde hace algunos días como una obrera que tiene padres viejos que sostener. (*Va a abrazarla.*)

HENRIETTE.—¡Ten cuidado! Vas a romper el hilo. (*Se desprende de él y continúa el trabajo.*)

CASANOVA.—¡Oh, estas lindas manitas! Parece que no son ellas las que crean las maravillosas flores de hilo, sino que corren detrás de estas rosas que se abren al solo conjuro de tus ojos, como si una fuerza mágica las hiciera surgir sobre la blancura del lienzo.

HENRIETTE.—(*Le tiende las dos manos.*) Tienes razón... Parece que obedecen a un dulce mandato que alguien enviara desde muy lejos..., desde lo desconocido.

CASANOVA.—¿Qué quieres decir? (*Henriette desliza los encajes en la cesta con un gesto nervioso.*) ¿Qué es eso?

HENRIETTE.—Un gorro de noche para mí.

CASANOVA.—Llegué a pensar que...

HENRIETTE.—(*Súbitamente.*) ¿Dónde está la música?

CASANOVA.—Hay una gran fiesta en el lago.

HENRIETTE.—(*Se levanta, toma un violín que está sobre una mesita y toca la parte de primer violín acompañada por la orquesta lejana e invisible. Después de algunos minutos se de-*

tiene bruscamente, interrumpiendo una frase musical.) Tienes aire de tristeza.

CASANOVA.—Sí, estoy triste... Desde que nos reconocieron en Parma estoy como bestia perseguida... No tengo un minuto durante el cual no piense que nos podrán descubrir..

HENRIETTE.—(*Le mira con calma.*) Se nos ha descubierto ya.

CASANOVA.—(*Sobresaltado.*) ¿Ya?

HENRIETTE.—Llevamos aquí más de una semana... (*Saca una carta.*) Mira. (*Le da la carta.*) Mi padre me ha escrito... Está en Ginebra.

CASANOVA.—¿Y no me habías dicho nada?... ¿Le has contestado?

HENRIETTE.—Sí. Le he suplicado que venga hoy a verme.

CASANOVA.—¿Y por qué hoy precisamente?

HENRIETTE.—Porque hace ocho días tenía aún una semana por delante. ¡Una semana de dicha, la más grande, la más pura!... ¡La última de las que mi caballero me había prometido!

CASANOVA.—¡No quiero que le veas!

HENRIETTE.—Se lo he ofrecido ya.

CASANOVA.—Querrá persuadirte de que me abandones.

HENRIETTE.—Si tú quieres, no te abandonaré jamás.

CASANOVA.—Entonces... ¿por qué le has llamado?

HENRIETTE.—Porque hoy es el último día de los noventa de felicidad *comprometida*, y temía que al apagarse los fuegos de artificio del oro de que en Cesena me hablaste...

CASANOVA.—¡Te amo más que nunca!

HENRIETTE.—He aprendido de ti que se puede amar y olvidar sonriendo...

CASANOVA.—¿Podrías olvidarme tú?

HENRIETTE.—Pequeñas miserias de familia, inquietudes, quizá la muerte grita ya tras nosotros..., y tú quieres vivir, y yo... yo quiero que vivas, ¡porque te amo!

CASANOVA.—¡Henriette! (*La toma bruscamente entre sus brazos.*)

HENRIETTE.—(*Coge la cabeza de él entre sus manos y le mira en los ojos.*) ¿Una lágrima?... (*Casanova se arroja en una butaca abrumado. Poniéndole la mano sobre la cabeza.*) ¿A qué ha llegado mi amante caballero, aquel que sabía decir tan bien: "¡Yo lo quiero!", siempre con sonrisa de triunfo; el caballero que amo, el caballero de mis sueños?

CASANOVA.—(*Se levanta.*) Tienes razón. Giacomo Casanova debe ser quien siempre fué... Pero tú tampoco has hablado como en Cesena del viajero aquel que después de un largo viaje por mar, al fin pone sus pies sobre tierra firme...

HENRIETTE.—Esta tierra firme fué la isla de la dicha, la más bella, la más deliciosa...

CASANOVA.—¿Y cuando la isla se ensombrece?

HENRIETTE.—Aunque haya sombras, siempre es bella; lo único triste es que se marchiten poco a poco sus flores. (*Va a la ventana, se inclina. Pausa corta.*) ¿Esa montaña de color de rosa de allí abajo es ya Francia?

CASANOVA.—Sí, Francia.

(*Silencio.*)

HENRIETTE.—¿A qué distancia puede estar de aquí?

CASANOVA.—Apenas a diez leguas.

HENRIETTE.—Antes me parecía que diez leguas o mil leguas eran lo mismo. (*Triste.*) ¡Ahora veo que no es lo mismo!

CASANOVA.—Es verdad, no es lo mismo. ¡Cuando se tienen que andar se aprecia la diferencia!

HENRIETTE.—Naturalmente; por eso no deben andarse a pie. Cuando estábamos en Parma no se me hubiera ocurrido nunca preguntar a qué distancia estábamos de ningún sitio. Pero aquí... ¿Dices que Francia está a diez leguas?

CASANOVA.—Poco más o menos.

HENRIETTE.—(*Se inclina mucho por la ventana.*) Este viento parece un suspiro que viniese de allá abajo... (*Junta las manos y se inclina más.*)

CASANOVA.—¡Henriette! (*Henriette se vuelve y se enjuga una lágrima.*) ¡Henriette!... ¿De dónde vienes?

HENRIETTE.—De muy lejos; de allá abajo... ¡Perdóname!... Este ha sido el primer minuto desde hace tres meses en que me he ausentado de ti... Dios lo sabe. Acaso sea conveniente el que me ejercite un poco en la ausencia...

CASANOVA.—Has llorado.

HENRIETTE.—(*Sonriendo.*) No, no... Es el viento.

CASANOVA.—El viento de allá abajo.

HENRIETTE.—¿Pero qué semblante tan lúgubre es ese? (*Le rodea su cuello con sus brazos.*)

(*Entra LEDUC.*)

CASANOVA.—¿Has devuelto la carta?

LEDUC.—Sí, señor...

(*Casanova se aproxima a él. Leduc le desliza en la mano un rollo de plata.*)

CASANOVA.—(*Guardando la plata en su bolsillo.*) Bien; vete y aguarda en la antecámara. (*Leduc sale. Henriette, que ha seguido el diálogo con gran atención, intenta decir algo, mas calla súbitamente.*) ¿Decías?...

HENRIETTE.—(*Le mira sonriendo.*) No, nada, Giacomo; nada. (*Tararea una canción alegre.*)

CASANOVA.—¿Estás alegre?

HENRIETTE.—¡El amor ríe! ¡Es de mi querido maestro de quien lo he aprendido! ¿Te acuerdas cuando yo estaba en la escalera de la hostería de Cesena y tú delante de mí me preguntabas si debías acompañarme a Parma? (*Le coge la mano.*) Ven..., ven aquí!... (*Ella le conduce a la ventana. Suben los escalones; ella desciende. Ríe con todo su corazón.*)

CASANOVA.—¿Por qué ríes?

HENRIETTE.—¡He aquí los papeles trocados! (*Riendo.*) Ahora soy yo quien pregunta ante la escalera... Mi amor, ¿debo acompañarte para toda la vida?

CASANOVA.—¿A qué viene esta pregunta?

HENRIETTE.—Es preciso responder *sí* o *no*. Si respondes *sí*, quedaré contigo para toda la vida; si respondes *no*, volveré a casa de mi familia. ¡Mi suerte está en tu mano! ¡Respóndeme!

CASANOVA.—¡Te amo!

HENRIETTE.—*¿Sí...* o *no?*

CASANOVA.—¡No quiero que hables con tu padre!

HENRIETTE.—*¿Sí* o *no?*

(*Se oye de fuera un silbato; un silbido le responde. Casanova se vuelve bruscamente hacia la ventana; palidece.*)

HENRIETTE.—¿Qué miras?

CASANOVA.—Nada.

HENRIETTE.—(*Se acerca a él; mira por la ventana.*) ¿Quién es ese hombre vestido de negro que está frente a la hostería?

CASANOVA.—No sé... Me es desconocido... ¡Como mi suerte!

HENRIETTE.—¿Y la respuesta?

CASANOVA.—La respuesta... ya te la daré...; pero...

HENRIETTE.—*Pero...* es *no*. Y *no* es *¡adiós!* (*Dice esto con los labios temblorosos, pero sonriendo. Tararea una canción.*)

(*Entran LEDUC y DUBOIS.*)

LEDUC.—El señor Dubois.

(*Dubois es pequeño, jorobado, elegante. Entra y, después de grandes reverencias, besa la mano de Henriette y abraza a Casanova.*)

CASANOVA.—Mi caro amigo, os he esperado con impaciencia... (*A Leduc.*) El café.

(*Leduc sale.*)

DUBOIS.—¿A que no imagináis quién viene a veros? El abate Bernis, el embajador de Francia.

CASANOVA.—¡Bernis!

DUBOIS.—Acaba de descender de su carroza... He subido la escalera corriendo para anunciároslo.

CASANOVA.—¡El bravo Bernis!

(*LEDUC entra con el café. Henriette sirve el café a Dubois.*)

BERNIS.—(*Entra.*) ¡Mi querido Casanova!... (*Le abraza.*)

¡Qué encuentro tan inesperado! (*Se apercibe de Henriette. Con una profunda reverencia.*) Señora, si yo hubiera sabido que estábais aquí, no habría osado presentarme sin haber obtenido vuestro permiso.

HENRIETTE.—(*Hace una reverencia.*) Vuestra excelencia es Francia, y ella nos honra con su visita, que para nosotros es el más alto honor.

BERNIS.—Es preciso que confiese que mi excusa no es del todo sincera, pues en Venecia estoy demasiado acostumbrado a no encontrar jamás solos a mis amigos.

LEDUC.—(*Entra.*) El caballero que aguardaba la señora ha llegado.

(*Casanova palidece, deja la taza y se levanta.*)

HENRIETTE.—Condúcele a mi habitación. (*Leduc sale.*) Ustedes me perdonarán, caballeros... Es un pariente con quien he de tener una breve conferencia sobre un asunto de familia... Si ustedes me permiten... No se trata más que de tres minutos...

DUBOIS. }
BERNIS. } Señora... (*Reverencia.*)

(*Henriette sale.*)

BERNIS.—(*A Casanova.*) ¡Mis felicitaciones! ¡Es una criatura encantadora!

DUBOIS.—¡Muy inteligente y muy discreta!

BERNIS.—¿Estará usted aún mucho tiempo en Ginebra?

CASANOVA.—(*Mira hacia la puerta por donde Henriette ha salido. Tiembla todo su cuerpo. Distraído.*) No sé...

BERNIS.—¿Dónde iréis?

CASANOVA.—Aun no lo sabemos.

BERNIS.—No me explico por qué no va usted a París. Yo le presentaría al Rey y a alguien que es más importante: a la Pompadour... ¿Os ocupáis ya del asunto del empréstito?

CASANOVA.—(*Con ironía.*) ¿Del empréstito?

BERNIS.—Buscamos a alguien que pudiera encontrarnos los cinco millones necesarios para la construcción de la Escuela militar.

CASANOVA.—¿Cinco millones? ¡Una bagatela!

BERNIS.—¿Tenéis alguna idea?

CASANOVA.—Ideas hasta para cien millones.

BERNIS.—¡Bravo! Mi amigo Casabigui vendrá dentro de un momento. El es quien se ocupa de esta cuestión. Yo os presentaré.

DUBOIS.—(*Se levanta y se aproxima a la ventana.*) Ya se encienden las luces sobre los barcos.

BERNIS.—(*Mira asombrado a Casanova.*) Pero mi querido Giacomo, ¿qué tenéis?

CASANOVA.—Perdone vuestra excelencia..., no me siento del todo bien.

DUBOIS.—(*Precipitándose hacia Casanova, después de mirar en el costurero.*) ¡Diablo! (*Vuelve al costurero y levanta en el aire un gorrito de niño.*) ¡Os felicito, mi querido amigo!

BERNIS.—(*Ríe.*) ¡En este caso, no es usted quien debiera encontrarse mal!

DUBOIS.—¡Mi enhorabuena!

CASANOVA.—¿De qué?

DUBOIS.—Por el pequeño Casanova. (*Casanova mira asombrado el gorrito.*) ¡No está bien que hayáis guardado tan celosamente el secreto!...

CASANOVA.—Os confieso que es la primera noticia... y que no sabía nada...

DUBOIS.—¡Oh, entonces perdonad! ¡No era a mí a quien correspondía comunicar este dulce secreto!

HENRIETTE.—(*Entra muy pálida.*) Excúsenme, señores...

DUBOIS. } (*Hacen reverencias.*) Señora...
BERNIS. }

HENRIETTE.—(*Bajo a Casanova.*) Mi padre envía un coche para venir a recogerme. Estará aquí dentro de algunos minutos... Es preciso que parta inmediatamente o que me quede para siempre.

CASANOVA.—(*Balbuciente.*) ¿Debes partir? ¿Dónde?

HENRIETTE.—A nuestra casa. Mi familia me perdona. Se me asegura una vida cómoda y sin cuidados hasta el fin de mis días..., y... y... si tengo un hijo..., tendrá un nombre.

CASANOVA.—¡Espera!... ¡Una semana..., un día!...

HENRIETTE.—Si parto, debo hacerlo en seguida... Pero si tú no lo quieres..., no tienes más que pronunciar una palabra y me quedo para siempre.

CASANOVA.—Henriette... Tú me dijiste que me amabas. ¿Te acuerdas?... En Cesena, al salir el sol...

HENRIETTE.—Sí, y te vi rodeado de una doble aureola: la del sol y la de tu existencia.

CASANOVA.—Y no quiero que jamás se borre de tus ojos... Para ti quiero tenerla siempre. Pero es preciso que antes pregunte a mi suerte...; tengo el sí en los labios..., los quema...; ¡pero es preciso primero el *sí* de mi suerte! (*A los caballeros.*) Excúsenme, señores...; necesito salir durante algunos minutos. (*Sale. Henriette le sigue con la mirada.*)

BERNIS.—Señora, siento infinitamente que hayan pasado ya diez minutos desde nuestro conocimiento sin haberos hecho el homenaje de una corte respetuosa...

HENRIETTE.—La corte de vuestra excelencia se debe a las reinas, no a mí.

BERNIS.—La que es tan bella y tan espiritual como vos, señora, es dos veces reina.

HENRIETTE.—Vuestra excelencia me confunde... Necesito que alguien acuda en mi socorro... (*A Dubois.*) Dubois, ¿quiere usted ver lo que es de Casanova?... Dígale que le esperamos con impaciencia.

DUBOIS.—Señora... (*Sale y se vuelve en la puerta con una mirada celosa.*)

BERNIS.—(*Se aproxima a Henriette.*) Si quisierais llegar a ser mi reina, llovería nuevos impuestos sobre Francia para poderos rodear de un esplendor digno de vuestra belleza.

HENRIETTE.—¡Pobre Francia! (*Echa una mirada furtiva y apenas perceptible hacia la puerta de la derecha.*)

BERNIS.—¿Es esta toda vuestra respuesta?

HENRIETTE.—Que vuestra excelencia me perdone si no respondo a un ofrecimiento tan deslumbrador... Si me permite quedar durante algunos minutos a solas con mis pensamientos, acaso pueda darle una respuesta definitiva... (*Va a salir.*)

BERNIS.—Señora, ¡quedad!...; yo salgo.

HENRIETTE.—Vuestra excelencia tiene razón.

BERNIS.—(*Hace una reverencia.*) Espero, señora, que vuestros pensamientos no sean traidores a mi admiración. (*Sale.*)

(*Henriette queda algunos instantes inmóvil, desgarrando los encajes de su pañuelo.*)

DUBOIS.—(*Entra.*) Señora...

HENRIETTE.—(*Impaciente.*) ¿Qué, qué hace?

DUBOIS.—He necesitado verlo con mis propios ojos. En la sala de juego. ¡Es increíble! ¡Juega como un loco! ¡Rabiosamente!

HENRIETTE.—¡Juega!... Comprendo.

DUBOIS.—Yo no puedo comprenderlo. Dejarnos así de pronto... Ha perdido todo lo que tenía en las tres primeras cartas.

HENRIETTE.—¡Pierde!

DUBOIS.—Apenas le he reconocido... ¡Qué aspecto más extraño el suyo! Tiene la frente inundada de sudor... Está pálido como un muerto..., y ¡juega, juega como si su vida dependiera de las cartas! (*Mira a su alrededor.*) ¿Y Bernis?

HENRIETTE.—Desciende por la terraza... Me ha rogado que os diga que os espera.

DUBOIS.—Si me permitís, señora...

HENRIETTE.—Al contrario, os ruego que vayáis allí. (*Dubois sale. Henriette se sienta, oculta su rostro en el pañuelo y solloza. Después se levanta súbitamente, se inclina hacia la puerta y escucha. Enjuga sus lágrimas, se empolva*

y se vuelve hacia la puerta sonriendo. CASANOVA entra muy pálido, pero con un movimiento de desafío, tarareando una canción.) ¿Te parece bien dejarnos así?

CASANOVA.—Perdóname.

LEDUC.—(*Entra.*) Una carroza está abajo. El cochero dice que le envían a buscar a la señora.

HENRIETTE.—¡El coche!... (*Mira a Casanova. Un momento de silencio. Después, lentamente.*) Leduc, mi capa de viaje... (*Leduc sale y vuelve inmediatamente con una capa con capuchón. Ayuda a Henriette a ponérsela.*) Leduc..., ba...ja... mis... ma... le...tas al coche...

(*Leduc sale. Henriette se dirige hacia la ventana, mira hacia fuera. Casanova se acerca a ella. Henriette graba con el diamante de su sortija letras sobre un cristal.*)

CASANOVA.—(*Lee.*) "¿Olvidarás a Henriette?"

HENRIETTE.—(*Se vuelve sonriendo.*) Ves, es mi consuelo.

CASANOVA.—¡Jamás..., jamás! ¡No te olvidaré!

HENRIETTE.—(*Le pone la mano en la boca.*) ¡Calla!..., ¡calla!

CASANOVA.—Henriette..., yo..., yo...

LEDUC.—(*Entra.*) He bajado las maletas de la señora. Están en el coche.

HENRIETTE.—Gracias... (*Leduc sale.*) Entonces...

CASANOVA.—(*Se vuelve súbitamente, con energía.*) ¡Adiós!

HENRIETTE.—¡Adiós! (*Se arroja en sus brazos. Un largo beso. Balbuciente.*) ¡Dios te guarde..., y... y... ¡ten mucha constancia para olvidarme!... Eres todavía joven y serás feliz...

CASANOVA.—(*Quiere decir algo; después, súbitamente.*) ¡Adiós! (*Otro largo beso.*)

HENRIETTE.—(*Va hacia la puerta del fondo. Casanova quiere acompañarla.*) ¡No!...; quédate aquí..., aquí, donde... (*Súbitamente.*) ¡Adiós! (*Sale rápidamente.*)

(*Casanova queda en medio de la habitación inmóvil; después va a la ventana y mira. Se oye el débil ruido de un coche que se aleja.*)

BERNIS.—(*Entra acompañado de CASABIGUI y DUBOIS.*) Caballero Casanova, permitidme que os presente a mi amigo Casabigui... (*Casabigui hace una reverencia.*) Casanova, el caballero de Saint-Gal... ¿Y la señora?

CASANOVA.—Ha partido.

BERNIS.—Pero espero que tendremos dentro de poco ocasión de saludarla.

CASANOVA.—No lo creo...

DUBOIS.—¿Cómo?

CASANOVA.—Ha marchado a Francia.

BERNIS.—¿A Francia?

DUBOIS.—¿A qué parte de Francia?

CASANOVA.—No lo sé.

DUBOIS.—¿No lo sabéis?

CASANOVA.—No..., no lo sé.

BERNIS.—¿Y por mucho tiempo?

CASANOVA.—Para siempre.

BERNIS.—¿Y vos?

CASANOVA.—Yo parto mañana.

BERNIS.—¿Vais a seguirla?

CASANOVA.—No; ya he dicho que no sé adónde ha ido.

BERNIS.—Entonces ¿adónde vais?

CASANOVA.—No lo sé aún... No importa donde... Acaso será a Inglaterra; quizá a Turín.

(*Bernis y Dubois cambian una mirada significativa.*)

BERNIS.—¿Volvéis a rodar como tantas otras veces?...

CASANOVA.—Sí. ¡Como tantas otras veces!

CASABIGUI.—Su excelencia el abate Bernis me ha contado que tenéis un proyecto con el cual el Tesoro podría procurarse los cinco millones que se precisan...

CASANOVA.—Sí, es posible que con una lotería...

CASABIGUI.—No me digáis más. Sé cuáles son esos proyectos. Hemos coincidido. (*Mostrando un legajo de papeles.*) He aquí el proyecto de una lotería real...

CASANOVA.—(*Echando un vistazo sobre los papeles.*) Sí, justo; mi proyecto.

CASABIGUI.—(*Riendo.*) *Magne ingenia conveniunt!*... Y visto que coincidimos, lo mejor será que, en lugar de trabajar el uno contra el otro, nos unamos y en colaboración... Yo puedo aseguraros los beneficios de seis despachos de lotería y lo que corresponderá a las rentas anuales de un capital de doscientos mil francos..., unas... cincuenta o sesenta mil libras fijas al año... ¿Os conviene?

CASANOVA.—Sí; me conviene y acepto.

CASABIGUI.—Hasta el fin de vuestros días, unas sesenta mil libras fijas... Es una base bastante sólida para que uno pueda sostenerse firme como...

CASANOVA.—¡Sí!..., como aquel que después de un largo viaje por mar pone al fin los pies sobre tierra firme...

CASABIGUI.—¡Eso es! (*Le tiende la mano, que Casanova aprieta.*)

DUBOIS.—¿Me permitís echar una ojeada?

(*Casabigui le tiende el cuaderno. Dubois lee.*)

BERNIS.—(*Bajo a Casanova.*) He oído decir que tenéis, de momento, necesidad de dinero... (*Desliza dos paquetes de oro en el bolsillo de Casanova.*)

CASANOVA.—¡Oh..., excelencia!...

BERNIS.—No vale la pena de hablar de ello... No es más

que una pequeña suma a cuenta de los beneficios de la lotería. Y ahora, caballeros, vayamos al lago, donde los ginebrinos nos esperan con su fiesta veneciana. (*A Casanova.*) ¿Venís?

CASANOVA.—Vuestra excelencia me perdonará, pero un negocio muy urgente me retiene aquí.

BERNIS.—Cuánto lo siento. Con usted me imaginaría que verdaderamente estaba en Venecia. Hasta la vista.

(*Después de haber cambiado reverencias y abrazos con Casanova, Bernis, Dubois y Casabigui salen. Casanova deshace el rollo. Echa las piezas de oro sobre la mesa; después se precipita a la puerta de la derecha, la abre y grita.*)

CASANOVA.—¡Hostelero!

HOSTELERO.—(*Entra.*) ¿Qué pasa? ¿Tenemos fuego en la casa?

CASANOVA.—Enviadme a mi criado.

HOSTELERO.—Ha salido.

CASANOVA.—¿Adónde?

HOSTELERO.—No lo sé. No me extrañaría nada que se hubiera marchado definitivamente: a las ratas les gusta el barco que navega.

CASANOVA.—(*Cogiendo al Hostelero por el hombro.*) ¡Enviadme postillones inmediatamente; que sean buenos jinetes y con buenos caballos!

HOSTELERO.—Lo siento infinito, pero...

CASANOVA.—(*Coge algunas piezas de oro y las pone en la mano del Hostelero.*) ¡Tomad!

HOSTELERO.—(*Mirando las monedas.*) ¡Esto se llama hablar!

CASANOVA.—¿Cuántos caminos conducen de aquí a Francia?

HOSTELERO.—Entonces es a Francia adonde vuestra señoría quiere ir... Creo que sería mejor esperar hasta mañana por la mañana...

CASANOVA.—¡Callad y respondedme! ¿Cuántos caminos conducen de aquí a Francia?

HOSTELERO.—¿A Francia? (*Lo cuenta con los dedos, refunfuñando.*) Cuatro.

CASANOVA.—Bien; mirad. (*Saca su espada.*) Si dentro de cinco minutos me enviáis aquí cuatro postillones, tendréis otro tanto oro... Pero en caso contrario, yo os juro por mi vida que dentro de seis minutos no viviréis.

HOSTELERO.—Bien..., bien... Inmediatamente. Hay cuatro sentados a la lumbre en la cocina... Pero... ¡dejad tranquila vuestra espada, no se enfurezcan los muebles!

CASANOVA.—¡Despachad de prisa! ¡Volad!

HOSTELERO.—(*Aparte.*) ¡Es italiano; había de ser loco!... (*Sale. Se oye por fuera su voz.*) ¡Eh..., hola, Nicomedes!... ¡Givansi!... ¡Subid de prisa!

(*Casanova patalea de impaciencia.*)

POSTILLÓN 1.º—(*Entra con el gorro en la mano.*) El hostelero me ha dicho...

CASANOVA.—(*Le mira de arriba abajo.*) ¿Está dispuesto tu caballo?

POSTILLÓN 1.º—Puedo partir inmediatamente.

CASANOVA.—(*Coge un luis de la mesa.*) Toma. Tendrás diez veces más si quedo contento de ti.

POSTILLÓN 2.º
POSTILLÓN 3.º } (*Entrando.*) El hostelero nos ha dicho...

CASANOVA.—(*Da una moneda a cada uno.*) Tened. Partiréis inmediatamente.

POSTILLÓN 4.º—(*Entra.*) El hostelero me ha enviado.

CASANOVA.—¡Escuchadme! Cuatro caminos conducen de aquí a Francia. Cada uno de vosotros debe partir por uno de ellos..., pero con la velocidad del rayo. Si el caballo revienta, pagaré el doble de su valor. Alguno de vosotros encontrará un coche donde viaja una joven hermosa... El que la encuentre debe decirla que tiene que volver aquí..., que yo la espero... ¡Que lo quiero!, ¡que exijo que venga!... Si se resiste, cortad los tiros de sus caballos para que no pueda ir más lejos y venid a avisarme. Cada uno de vosotros tendrá diez luises y el que venga con ella tendrá veinte..., treinta..., ¡cien!... Id..., no hay un minuto que perder... ¡Al galope, como el viento! ¡Volad! ¡De prisa!

POSTILLÓN 1.º—¿El nombre de esta señora?

CASANOVA.—Se llama Henriette.

POSTILLÓN 1.º—Henriette...; de cada dos mujeres, una se llama Henriette. ¿Su apellido?

CASANOVA.—¡Bah!... ¡Voto a...! No he pensado jamás en preguntárselo. Pero bastará con que le digáis mi nombre... Si me conoce, es ella... Id para llegar antes que pase la frontera! ¡Id! ¡De prisa! ¡Volad!

(*Los Postillones salen corriendo. Casanova pasea por la habitación, patalea. Va a la ventana y mira a los Postillones que parten. Se oye el ruido de los caballos que se alejan al galope.*)

LEDUC.—(*Entra con paso vacilante; habla tartamudeando.*) El hostelero me ha dicho que me llamaba el señor...

CASANOVA.—(*Se vuelve furioso.*) ¡Y te atreves a presentarte así!... ¡Voy a abrirte en canal! (*Quiere sacar su espada.*)

LEDUC.—Mejor será en el patio, si os place. Sería lástima manchar la alfombra...

CASANOVA.—(*Un poco más calmado.*) ¿No tienes vergüenza? ¡Te vas a beber cuando más te necesito! ¡En el momento más importante de mi vida!

LEDUC.—¡Ah! ¿Aun historias de mujer?... Lo siento infinito, pero el señor no debe hacerme reproches. En cincuenta *mo-*

mentos más importantes parecidos yo estaba a su lado y le he servido fielmente.

CASANOVA.—¡Calla! ¡Eres insolente y bestia!

LEDUC.—Es extraño después de tanto tiempo...

CASANOVA.—¡Impertinente!

LEDUC.—¡Gracias! En otro tiempo, cuando no me afeitaba aún, tomaba esta palabra por una injuria; hoy la considero como un cumplido, pues, en suma, impertinente quiere decir: "Tú comerás bien, tendrás finos vestidos y abrazarás bonitas mujeres." ¡La modestia va a pie; la impertinencia rueda sobre carrozas!

CASANOVA.—(*Nervioso.*) ¡Calla!

LEDUC.—(*Quiere salir y en la puerta se vuelve.*) ¿Dónde debo poner la mesa?

CASANOVA.—Aquí, con dos cubiertos.

LEDUC.—(*Sale y vuelve inmediatamente con un mantel, servilletas, etc., y la mesa.*) Aquí está.

HOSTELERO.—(*Viene con la vajilla.*) ¿Está el señor contento de mí? (*Casanova no responde.*) Galopaban como si llevasen el diablo a la grupa... (*Mira a su alrededor.*) Perdonadme si no traigo más luz, pero no tengo más velas en la casa. (*A Leduc.*) ¡Ten cuidado, imbécil; las dejarás caer! (*Sale.*)

LEDUC.—(*Mirando después al Hostelero.*) ¡Ten cuidado, imbécil! Ya me las pagarás cuando un día vuelva aquí como señor.

CASANOVA.—¿Como señor?

LEDUC.—¡Sí, como señor! ¡Cuando descienda de mi carroza! (*Pone la mano izquierda sobre el puño de su espada imaginaria, como si descendiera de una carroza. Mira de arriba a abajo con altanería al Hostelero imaginario.*) Así... (*Casanova ríe a pesar suyo.*) Creo que lo hago bastante bien... ¡Soy de buena escuela! Pero aun me falta algo... Necesito aprender un poco de latín y muchas impertinencias. El resto vendrá solo.

CASANOVA.—Me gustaría saber cómo empezarás.

LEDUC.—La cosa es muy sencilla. Cuando tenga bastantes economías me mandaré hacer un bello traje de seda bordado de oro, una pechera de finos encajes. Después alquilaré una carroza... Iré a visitar a los embajadores de Francia y España. Me llamaré caballero... Después a las mujeres. (*Guiña el ojo.*) Todo depende de saber presentarse bien. (*Muestra cómo entrará.*) Después algunas citas en latín y mucho atrevimiento... (*Imitando voces distintas.*) El caballero Leduc... Un distinguido extranjero... (*Imitando una voz de mujer.*) ¡Ah!..., caballero..., ¡sois tan atrevido!... (*Imitando una voz de hom-*

bre.) Mi casa y mi bolsa están abiertas... (*Con su voz.*) ¡Querido vizconde!, ¿podríais prestarme cien luises?

CASANOVA.—Leduc.

LEDUC.—(*Tieso.*) Señor...

CASANOVA.—No te olvides de limpiar mis botas de viaje. Mañana partimos.

LEDUC.—Sí, señor. (*Sale y se detiene ante la puerta, imitando la entonación de Casanova a un criado imaginario.*) No te olvides de limpiar mis botas de viaje. Mañana partimos. (*Sale.*)

(*La obscuridad es casi completa en la escena. Casanova se arroja en una butaca. Está sobresaltado. Escucha un ruido lejano que se aproxima cada vez más; se precipita a la ventana, mira; después vuelve.*)

POSTILLÓN 1.º—(*Entra jadeante, enjugándose la frente.*) ¡Aquí está! No he tenido que emplear la violencia... La señora me ha dicho que se explica la impaciencia del señor.

CASANOVA.—Toma y vete... ¿Dónde está ella?

POSTILLÓN 1.º—En la antesala.

(*Casanova se precipita a la puerta y abre. El Postillón saluda y sale. El AMA de gobierno entra. Lleva una capa de viaje parecida a la de Henriette, con capuchón que la cubre la cabeza completamente.*)

CASANOVA.—¡Henriette! (*La aprieta entre sus brazos y la cubre de besos.*) ¡Henriette, mi encantadora y buena Henriette!... Perdona mi cobardía de haberte dejado marchar! ¡Todo ha cambiado desde entonces! ¡Ahora pones verdaderamente los pies sobre tierra firme! ¡Soy rico, y jamás, jamás nos volveremos a separar ni por un minuto!

EL AMA.—¡Dios mío!...

CASANOVA.—(*Quiere abrazarla.*) ¡Henriette!... (*El Ama se refugia al otro lado de la mesa.*) Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Ya no me amas?

EL AMA.—Para amaros sería preciso al menos que os viese.

CASANOVA.—(*Extrañado.*) ¡Ah!, pero..., pero... no es...

(*El HOSTELERO y LEDUC entran con grandes candelabros encendidos, los dejan sobre la mesa y salen. Casanova mira asombrado al Ama, que se ha quitado el capuchón.*)

EL AMA.—(*Mira a Casanova y rompe a reír.*) He conocido muchos hombres fatuos, pero sois el primero que he visto creerse irresistible aun en la obscuridad.

CASANOVA.—(*Hace una reverencia.*) ¡Perdonadme, señora!... Hay un pequeño error en toda esta historia... Yo no os esperaba...

EL AMA.—¿Cómo? ¿No era a mí? ¡Y me habéis obligado a volver inmediatamente!

CASANOVA.—Lo siento infinito, pero no tenía el honor ni de

saber que existíais. Sin embargo, ya que una feliz casualidad me ha procurado la ocasión de poder admirar vuestra belleza... Tomad asiento... ¡Os lo ruego!... (*Le ofrece una silla.*) Me llamo Casanova, caballero de Saint-Gal. (*Reverencia.*)

El Ama.—No tengo ninguna razón para ocultar quien soy... Pero creo que os contentaréis con saber que me llamo Henriette y que venía a Ginebra para ocupar una plaza de ama de gobierno en casa de un caballero que me esperaba en esta misma hostería. Cuando el postillón me dijo que me reclamabais, pensé que se trataba del señor a quien vengo a servir.

Casanova.—Yo lamentaría profundamente este error, señora, si no fueseis tan bella...

El Ama.—¡Oh, señor!...

Casanova.—¡Vuestros ojos... y, sobre todo, vuestra boca... me recuerdan tanto a alguna...

El Ama.—(*Con los ojos bajos.*) Hace un momento he comprendido que debía recordaros a alguien que habéis amado mucho.

(*El HOSTELERO y LEDUC entran con platos humeantes. El Hostelero sale. Leduc se pone detrás de la silla de Casanova.*)

Casanova.—Vete.

(*Leduc sale. El Ama lanza una mirada a la mesa; después se levanta. Casanova mira furtivamente su reloj de bolsillo.*)

El Ama.—Me voy.

Casanova.—¿Cómo?... ¿Sin pensar en volver?

El Ama.—Acaso mañana...

Hostelero.—(*Entra con un plato.*) Señora, cuando queráis... La sopa se enfría. (*Sale.*)

El Ama.—¿Cómo? ¿Es esto para mí? ¡Oh, gracias!... Pensaba que era para otra...

Casanova.—(*Apurado.*) ¡Quizá!... ¡Quién sabe las sorpresas!... Pero de todos modos...

El Ama.—Acepto entonces la encantadora invitación. Tengo gran apetito... (*Se sienta y se sirve sopa.*)

Casanova.—(*Se sienta; mira nerviosamente hacia la ventana.*) Lo mío pasa de la categoría de apetito: es hambre. (*Mira al Ama de gobierno.*) ¡Vuestros ojos y vuestra boca!... Es sorprendente.

(*Comen.*)

El Ama.—¡Qué graciosa es la vida! (*Ríe.*) ¡Quién había de decirme esta tarde!... (*Ríe.*)

Casanova.—Yo también lo hubiera creído todo menos que esta tarde comería con una criatura tan encantadora como vos.

El Ama.—Sólo habéis hecho alabanza de mis ojos y de mi boca...

Casanova.—He dicho que me recordaban algo que... Pero

esto es el pasado. Y vos y vuestra belleza... sois para mí en este momento el bello porvenir misterioso.

(*El HOSTELERO entra con platos, los deja en la mesa y sale. El Ama se sirve pastel y come con gran apetito. Casanova le sirve vino.*)

EL AMA.—¡Gracias!

CASANOVA.—(*Levantando su vaso.*) ¡A vuestra salud, bella Henriette!

EL AMA.—(*Bebe.*) ¡A vuestra salud! (*Casanova le sirve más vino.*) No..., es demasiado...; este vaso se me ha subido ya a la cabeza. (*Ríe.*) No estoy acostumbrada...

CASANOVA.—(*Levanta su vaso.*) ¡Por vuestra hermosura!

EL AMA.—(*Beben.*) Creo, me parece... (*Ríe.*) ¡Todo da vueltas alrededor mío!... ¡Es gracioso!...

CASANOVA.—(*Acerca su silla a la de ella.*) Lo más gracioso es que ya estoy persuadido de que fatalmente habíais de venir y estar cerca de mí. Un poder desconocido y propicio ha querido que esta noche, precisamente esta noche, me sea devuelto al menos algo de lo que perdí.

EL AMA.—¡No sois galante! ¡Pensáis en otra!

CASANOVA.—No, no; pienso solamente en ti, mi bella Henriette. (*La acaricia los cabellos.*) ¡Qué hermosos son tus ojos!

EL AMA.—¡Veis! Solamente mis ojos y mis labios...

CASANOVA.—Sí, tus labios..., tus labios... (*La rodea con su brazo y la quiere abrazar.*)

EL AMA.—No..., dejadme...

CASANOVA.—¡Te amo!

EL AMA.—(*Siempre más débil.*) ¡No!..., ¡no!..., ¡no!...

(*Sus labios se juntan... Henriette rechaza los hombros de Casanova con sus dos manos; después su resistencia llega a ser más débil, sus manos se abandonan y sus brazos, escurriéndose, rodean el cuello de Casanova y le aprieta en un abrazo apasionado. Entra el POSTILLON 2.º*)

CASANOVA.—(*Sobresaltado.*) ¿Qué es ello?

POSTILLÓN 2.º—Ya estamos aquí.

CASANOVA.—(*Aturdido.*) Sí..., es verdad. (*Al Ama.*) Os ruego que entréis aquí por un momento. (*La conduce a la puerta de la izquierda, hacia la cual casi la empuja; después le cierra la puerta en las narices. Entra la BAILARINA.*)

CASANOVA.—(*La mira asombrado.*) ¡Tampoco es ella!

BAILARINA.—Veamos, caballero, qué es esto. Hacéis cortar los tiros de mis caballos, me hacéis traer aquí a la grupa con un postillón y ahora me miráis como si no supieseis quien soy.

CASANOVA.—Sí..., ahora recuerdo... Habéis bailado en la Scala, ¿no es esto?

BAILARINA.—¡Al fin empezáis a recordarme! ¿Pero por qué diablo me habéis hecho cazar de esta manera?

CASANOVA.—Es una historia muy larga. Os la contaré más tarde... (*La mira.*) ¡Oh, sus hombros... y sus pies! (*Arrodillado ante ella, coge su pie en la mano; bajo.*) ¡Piececitos míos..., sólo vosotros habéis vuelto! ¿Qué ha sido de lo demás?

BAILARINA.—¿Qué hacéis?... Pues ya empezaba a pensar que el imbécil del postillón estaba equivocado... ¿Pero cómo supisteis que estaba camino de París?

CASANOVA.—Por una casualidad...

BAILARINA.—Cuando ese hombre detuvo el coche, cortando los tiros de los caballos..., pensé que era un bandido... Pero cuando me anunció que el caballero Casanova me reclamaba, me dije: ¡Es él! ¡Solamente él es capaz de esto! Y después aun dije otra cosa...

CASANOVA.—¿Qué?

BAILARINA.—Dije: ¡Al fin! Después de tres años de espera, ¡al fin!

CASANOVA.—(*La abraza.*) ¡Te amo!

BAILARINA.—(*Estalla en una risa de felicidad.*) ¡Qué dirá mi empresario! Tengo un brillante contrato para la Opera de París. (*Mira la mesa.*) ¡Bravo! ¡Casanova y una espléndida cena: esto son dos cosas insuperables! (*Se sienta.*)

(*Casanova mira hacia la puerta de la izquierda. El HOSTELERO entra y mira a la Bailarina pasmado.*)

CASANOVA.—¡Poned otro cubierto! (*El Hostelero al salir se vuelve varias veces.*) Es que... tengo..., tengo... aquí una prima; si me permites que coma con nosotros...

BAILARINA.—¡Si no es más bonita que yo!...

CASANOVA.—(*Va la puerta de la izquierda, la abre; el AMA sale. Bajo.*) Una de mis primas que acaba de llegar de improviso... (*A la Bailarina.*) Como es costumbre en la corte, nada de presentaciones.

(*El Ama se sienta. Las dos mujeres se examinan retadoras. Casanova sirve vino y beben los tres.*)

EL AMA.—¡Para mí ya es el tercer vaso!

CASANOVA.—(*A la Bailarina.*) ¡Para que estéis a la par debéis beber tres vasos seguidos! (*Pone tres vasos ante la Bailarina, los llena. La Bailarina con un vaso en cada mano bebe. El Ama ríe.*)

BAILARINA.—(*Bebe el tercer vaso.*) ¡Ya estamos iguales!

CASANOVA.—Pues ahora que ya estamos a tono, puede comenzar el concierto... ¡Acercaos! (*La Bailarina pone su silla muy cerca de Casanova. Al Ama.*) ¿Y tú, prima?

EL AMA.—¡Oh..., prima!. (*Ríe. Casanova levanta al Ama con*

la silla y la coloca muy cerca de él. Echa vino; beben. Rodea con sus brazos a las dos mujeres.) ¡No!... ¡Dejadme!

BAILARINA.—(*Ríe.*) ¡Oh, la primita! ¿De qué convento sale? (*A Casanova.*) ¡Venid, enseñémosla! (*Le besa.*)

(*Entra el Postillón 3.º Casanova, sobresaltado, mira fijamente a la puerta de la derecha.*)

CORTESANA.—(*Entra, mide con la vista a Casanova y a las dos mujeres.*) *Voila!*

(*Casanova da dinero al Postillón.*)

POSTILLÓN 3.º—¡Gracias! (*Sale.*)

(*Casanova contempla a la Cortesana.*)

CORTESANA.—No me sorprende la aventura. Os conocía de nombre desde hace mucho tiempo... Pero os prevengo francamente que yo, si no...

CASANOVA.—(*Le da un puñado de oro y la mide con la vista.*) ¡Su cuerpo... es el de ella!...

CORTESANA.—(*Haciendo sonar el oro.*) Bien; mientras esto dure...

HOSTELERO.—(*Entra con un plato de postre.*) ¿Debo poner otro cubierto?

CORTESANA.—Gracias; he comido demasiado bien. ¡Un vaso! (*Se sienta sobre la mesa. Casanova le sirve vino. Brindando.*) ¡Al amor!

CASANOVA.—¡Al amor!

(*Beben. Fuera los cohetes serpentean en el horizonte, alumbrando el paisaje. Se oye un aire de minué.*)

BAILARINA.—¡Bravo! ¡Un minué! (*A Casanova.*) ¡Venid a bailar conmigo!

CORTESANA.—¡Bravo! (*Aplaude. Salta de la mesa, golpeando sobre el hombro del Hostelero.*) ¡Ya tengo yo bailarín!

HOSTELERO.—¡Oh!..., ¡oh!...

CORTESANA.—Venid... Hace calor. (*Desabrocha su corpiño.*) ¡Venid!

HOSTELERO.—(*Se desliza con maña hacia la puerta.*) ¡Oh!..., gracias por el honor...

CASANOVA.—¡Vamos, vamos! Uno..., dos..., tres... Si no quieres que mida tus espaldas.

HOSTELERO.—(*Indignado.*) Pero os ruego...

CASANOVA.—(*Saca su espada.*) Id... o...

(*El Hostelero bosqueja los pasos del minué con una expresión deplorable, casi llorando.*)

BAILARINA.—(*Baila con Casanova; después, mirando al Hostelero.*) ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!... (*Con risa loca. Se arroja en una butaca.*)

(*Casanova se dirige hacia el fondo de la estancia, mira por*

la ventana y aprieta su frente contra el cristal. El Hostelero ha terminado el minué, suda y respira fuerte.)

CORTESANA.—(*Le abraza.*) ¡Bravo, mi Celadón!

HOSTELERO.—¡Perdón! Soy casado... Soy un honrado padre de familia...; pero no obstante... (*Se aproxima a la Cortesana y quiere besarla.*)

CORTESANA.—¡Miren qué atrevido! (*El Hostelero sale avergonzado. La Cortesana va hacia Casanova y golpea sobre su hombro. Casanova se vuelve, mira a su alrededor aturdido, como aquel que se despierta de un sueño.*) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes en la frente? (*Casanova quiere llevar su mano a la frente. Le coge el brazo.*) No; quieto. Venid..., mirad lo que tiene en la frente. (*Coge un candelabro y examina a su luz la frente de Casanova.*) ¡Letras!... H...e...n...r...i... ¿Qué es esto?

CASANOVA.—(*Frotando su frente.*) Tengo dolor de cabeza... He apoyado la frente contra el cristal...

CORTESANA.—(*Se dirige hacia la ventana con el candelabro y lee la inscripción.*) "¿Olvidarás a Henriette?" (*Ríe. Casanova frota su frente. Cortesana dice algo al oído de la Bailarina. Ríe. A Casanova.*) Frotáis en vano vuestra frente. Todavía se lee mejor. (*Aproxima el candelabro a la frente de Casanova y como si leyese.*) ¡Henriette! ¡Nuestro nombre está sobre su frente!

BAILARINA.—(*Se dirige hacia Casanova y semeja leer sobre su frente.*) ¡Hen...riette! (*Dice algo al Ama.*)

EL AMA.—(*El mismo juego que la Bailarina.*) ¡Hen...ri... ette!

CASANOVA.—(*Coge un vaso.*) ¡Este sagrado garabato!... ¡Se lee sobre mi frente lo que he quemado ya en mi corazón! (*Arroja el vaso contra la ventana, un cristal se rompe. Arroja varios vasos, rompiendo cristales; pero no llega a tocar el que tiene la inscripción. Saca su espada.*) ¡Por mi vida!... (*Quiere hundir el cristal con su espada. A través de los cristales rotos la música se oye ahora mucho mejor. Toca el mismo trozo que Henriette acompañó al violín.*) ¡No..., no... No teníais razón. ¡Te amo..., te amaré siempre! (*Arroja su espada lejos de él; extiende sus brazos como si Henriette estuviera ante él. El Ama, que cree que es a ella a quien esperan estos brazos extendidos, se precipita en ellos.*)

BAILARINA.—¡Esperad! ¡Tengo también derecho a un rincón! (*Se desliza cerca del Ama.*)

CORTESANA.—¡Hola! ¿Hay todavía sitio para mí? (*El mismo juego que la Bailarina. Casanova las aprieta fuertemente en sus brazos.*)

BAILARINA.—¡Cómo aprieta! ¡Me ahogo!

CASANOVA.—Querría apretaros aún más fuerte... para hace-

ros fundir en el fuego de mi sangre ardiente... Querría ser un escultor grandioso que formara de vosotras una mujer única... de tu cuerpo..., de tus pies..., de tus labios..., de tus ojos... Pero vosotras no me bastaríais... Tendría necesidad de cien..., de otras mil Henriettes. Sería preciso que enviase otros mil postillones por otros mil caminos... para que me trajesen... los brazos..., la garganta..., la mirada..., la sonrisa..., la voz..., el alma... de aquella cuyo nombre arde en mi frente. ¡Querría ser Dios para poderla crear por segunda vez!

BAILARINA.—¡Me ahogo!.

POSTILLÓN 4.º—(*Entra. Tiene una mano vendada.*) ¡Aquí está!

CASANOVA.—(*Suelta a las mujeres, sobresaltado.*) ¡Está aquí!

POSTILLÓN 4.º—Me ha mordido en la mano, pero la he traído a pesar de todo.

VIEJA.—(*Mujer muy fea, vieja y coja. Se precipita en la sala como una furia y se arroja sobre Casanova.*) ¿Sois vos quien me ha hecho traer aquí, salteador de caminos? (*Le golpea.*)

CORTESANA.—(*Salta sobre la mesa.*) ¡Bravo! ¡La virtud ha llegado! (*Vierte vino sobre la cabeza de la Vieja.*)

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Año 1770. En la "Balance". La misma decoración del acto segundo.

(*En la habitación de la izquierda ríen MANON y ROSA; salen, y al apercibirse del HOSTELERO procuran hacer un gesto serio.*)

HOSTELERO.—(*Lo mismo que en el acto segundo, pero, naturalmente, con veintidós años más; lleva anteojos. Gruñendo.*) ¡Vamos, vamos! ¡Tenéis hoy buen humor! Id de prisa al comedor y sacad la loza fina y la platería... No permitid que nadie más que vosotras toque allí.

MANÓN.—¿Es algún gran señor el que ha llegado?

HOSTELERO.—Así lo creo. (*Mira a su alrededor. Bajo.*) Ha dado un luis de propina al criado que ha bajado el estribo de su carroza.

ROSA.—¡Un luis de propina!

MANÓN.—¿Es joven?

ROSA.—¿De dónde viene?

MANÓN.—¿Es francés?

ROSA.—¿Ha venido solo?

HOSTELERO.—(*Tapándose los oídos con las manos.*) ¡Oh!...,

¡oh!..., ¡oh! ¡Qué algarabía!... Id, id. ¡Pero tened cuidado de no romper nada!

(*Rosa durante este diálogo ha ido a la ventana y, mirando hacia fuera, hace una seña a Manón.*)

MANÓN.—(*Corre cerca de ella.*) ¡Qué soberbia carroza!

ROSA.—¡Está cubierta de dorados!

MANÓN.—¡Como la carroza del "Gato con botas" del cuento! (*Dice algo a Rosa, que ríe.*)

HOSTELERO.—(*Enfadado.*) Voy a tener que ir yo a sacar el servicio de porcelana...

ROSA. } ¡Vamos..., vamos!...
MANÓN. }

HOSTELERO.—¡No, no, que estáis muy nerviosas y romperíais la mitad!

(*Rosa está vuelta hacia la ventana, mirando hacia fuera. Manón se acerca a ella.*)

ROSA.—(*Bajo, riendo.*) Mira que si hubieran enviado esta carroza dorada para llevarnos a la corte...

MANÓN.—¿Y qué? ¿No somos nosotras tan bonitas como la señorita Romans?

HOSTELERO.—(*Que ha podido coger estas palabras.*) ¡Mejor haríais en ir a la cocina, en vez de decir tantas tonterías!

MANÓN.—¡Siempre la cocina! ¿Creéis, tío, que es tan divertida?

HOSTELERO.—¡Bah!..., ¡bah!..., ¡bah!...

ROSA.—¡Como si no hubieseis sido nunca joven!

HOSTELERO.—¡Qué sabéis vosotras!

MANÓN.—¡Hace tanto tiempo ya!... ¿Verdad, tío?

HOSTELERO.—(*Misterioso.*) Hace apenas una veintena de años... (*Chasquea la lengua.*) ¡Si lo hubieseis visto! Aquí en esta misma sala... ¡Pero no es una historia para muchachas honestas!

MANÓN. } ¡Contad, tío, contad!
ROSA. }

HOSTELERO.—Os contaré todo lo que la decencia permita... Fué en una orgía... Era... Había tres mujeres hermosas... La más bella se empeñó en bailar conmigo. (*Muestra cómo bailaba.*) Yo la miraba... (*Muestra cómo la miraba.*) Y entonces ella, en presencia de su protector, un gran señor poderoso, se arrojó a mis brazos... Pero lo que sigue no es una historia para muchachas...

ROSA.—Y cuando bailabais el minué ¿también llevabais anteojos?

HOSTELERO.—(*Enfadado.*) No; entonces no llevaba anteojos...

Y ahora, ¡basta! ¡Despachad! Este no es el momento de charlar, teniendo a tan gran señor en la casa. Id de prisa, poner la mesita en el comedor. Haced un buen fuego en la cocina; pero tened cuidado de que la madera no esté húmeda. ¡Uno, dos, tres!

(*Manón y Rosa salen. CASANOVA entra por la izquierda. Va vestido con un traje color café muy raído; los galones de oro, empañados, deshilachados. Se apoya sobre un bastón. Tiene el modo de andar de un convaleciente.*)

HOSTELERO.—(*Mirándole de arriba abajo con menosprecio.*) Buenas tardes..., buenas tardes... ¿Cómo estáis?

CASANOVA.—¡Muy mal! ¡Aun tengo en el estómago el bacalao que me habéis servido para almorzar! Me parece que es preciso que baje a la cocina mientras se prepara mi comida para que no se ponga veneno en mi alimentación!

HOSTELERO.—(*Ofendido.*) ¡Pero, hombre!...

CASANOVA.—(*Más furioso.*) ¡Sí! ¡Se me quiere envenenar en esta vil posada!

HOSTELERO.—Si no estáis contento...

CASANOVA.—¿Qué es eso?... ¡Dadme el tratamiento!

HOSTELERO.—(*Irónico.*) ¿Tratamiento?

CASANOVA.—(*Irguiéndose.*) ¡Casanova, caballero de Saint-Gal!

HOSTELERO.—¡Casanova!... (*Le mira fijo.*) ¡Hum!... Casanova... (*Busca en sus recuerdos.*) Hace una veintena de años..., con su excelencia el abate Bernis... No; es imposible... ¿Vos?...

CASANOVA.—(*Gruñendo.*) Las enfermedades me han envejecido demasiado, ¡ya no se me reconoce!

HOSTELERO.—¡Casanova!... Sí, recuerdo... Para esa época estaba aquí con su criado...

CASANOVA.—¡No habladme de él! ¡Bandido!... Se escapó hace tres años con todas mis alhajas y mi guardarropa... Desde entonces... (*Súbitamente.*) ¡Bah!... Mañana por la mañana parto.

HOSTELERO.—Bien. Entonces, si es mañana (*Tosiendo, con una entonación irónica.*) cuando parte vuestra señoría..., con su permiso le voy a presentar la cuenta.

CASANOVA.—(*Con una ligereza forzada.*) A propósito... El administrador de mis propiedades se ha retrasado...

HOSTELERO.—(De tus propiedades en la luna.)

CASANOVA.—No me ha enviado aún mis rentas del último trimestre... (*Saca la única sortija de su dedo.*) Mirad... Como no tengo una persona de confianza a mis órdenes..., llevad a empeñar esta sortija...

HOSTELERO.—(*Examinando la sortija.*) Hoy ya será difícil. Y esto no tiene trazas de valer gran cosa..., y la cuenta de vuestra señoría pasa de trescientos francos...

CASANOVA.—¡Trescientos! ¡Si durante toda mi enfermedad apenas he probado los alimentos!

HOSTELERO.—Nosotros los hemos confeccionado todos los días.

CASANOVA.—(*Entre dientes.*) ¡El bandido!... En fin, tratad de sacar de la sortija todo lo que podáis...

HOSTELERO.—Bien...; pero ahora estoy muy ocupado... Tengo un huésped muy distinguido...

CASANOVA.—¿Cómo se llama?

HOSTELERO.—Aun no me ha dicho su nombre. Pero es un gran señor. Ha dado un luis de propina al criado que ha bajado el estribo de su carroza. (*Sale.*)

(*La noche cae. Casanova está solo en escena durante algunos segundos; va a la ventana. ROSA entra, pone la mesa. Casanova se esconde en el alféizar de la ventana, se oculta: sigue con la vista el trabajo de Rosa, sonriendo. Rosa va ante el espejo y se mira con coquetería. Casanova avanza sobre la punta de los pies; tapa los ojos de Rosa con sus manos.*)

ROSA.—(*Arroja un grito.*) ¡Ah!...; ¿quién?... (*Se desprende.*) ¡Ah!..., señor..., me habéis asustado. (*Pone la mano en su corazón.*) ¡Cómo late mi corazón!

CASANOVA.—¡Pobre pequeña! ¿De verdad? (*Inclina la cabeza sobre la garganta de Rosa.*) En efecto, ¡late como una palomita asustada!

ROSA.—¡Veis!... No tiene gracia el que me hayáis asustado así.

CASANOVA.—(*Se sienta y atrae hacia él a Rosa.*) ¿Estáis enfadada?

ROSA.—Enfadada...

CASANOVA.—Para que crea que es así tenéis que demostrarlo. (*La aprieta más fuerte contra él; quiere abrazarla.*)

ROSA.—¡No..., dejadme!...

CASANOVA.—(*Soltándola.*) Entonces ¿estáis verdaderamente enfadada?

ROSA.—(*Se precipita al otro lado de la mesa.*) No, ahora ya no estoy enfadada.

MANÓN.—(*Entra jadeante.*) ¡Rosa!... ¡Rosa!... ¡Qué humo!... ¡El comedor está lleno de humo! ¡El tío está furioso!

ROSA.—(*Ríe.*) ¡Ves tú! ¡Te he dicho que no pusieras aquel leño! ¡Chorreaba agua!

MANÓN.—Sí; tú de todo te ríes y todo te lo echas a la espalda. ¡Mala!

CASANOVA.—¡Es verdad! ¡Es muy mala! Imaginad, ¡acaba de rechazarme un beso! ¡Un beso pequeñito!

MANÓN.—Eso no lo ha hecho porque sea mala, sino, al con-

trario, por buena. ¡Es tímida como un polluelo acabado de nacer!

CASANOVA.—¿Y si fuera a vos a quien hubiera pedido el beso?

MANÓN.—¡Oh, yo no soy una campesina burda y timorata! (*Suspira.*) He nacido para algo más que para abanicar el fuego de la cocina.

CASANOVA.—Entonces..., ¡un beso, mi linda amiga!... (*Se aproxima a ella. Manón le ofrece sus labios. Casanova la aprieta en sus brazos y la besa.*)

ROSA.—¡Yo tampoco soy una campesina timorata! (*Le besa.*)

CASANOVA.—(*A Rosa.*) Veis cómo no es cosa tan difícil.

MANÓN.—¡Mírenla!... Por llevarme una vez más la contraria.

ROSA.—(*Sacando la lengua.*) ¡Bah!

CASANOVA.—(*Se arroja riendo en una butaca. Rosa y Manón, a la derecha y a izquierda de él. Las rodea con sus brazos y las atrae hacia él.*) Si fuerais amables... Si quisierais esta noche... Después de cenar, cuando el tío se haya retirado a su habitación, venid dulcemente aquí...

MANÓN.—¡Yo acaso venga...; pero ella!

ROSA.—¡Quizá antes que tú!

MANÓN.—¡Miren la atrevida!

CASANOVA.—Entonces, después de cenar..., ¿no?...

(*Se oye fuera la música.*)

MANÓN.—(*Se precipita a la ventana.*) ¡Ya empieza la fiesta en el lago!

ROSA.—(*Va a la ventana; aplaude de felicidad.*) ¡Qué bonito! ¡Cuántas luces sobre el agua!

MANÓN.—¡Mira el cristal! ¿Esto es lo que tú llamas limpiar?

ROSA.—¡Lo he enjugado bien!

MANÓN.—¿Y esto?

ROSA.—Esto no es suciedad. ¿No lo ves? Está grabado en el vidrio.

MANÓN.—(*Se inclina sobre el cristal.*) En efecto..., son letras... (*Lee.*) "¿Olvidarás a Henriette?..." ¿Qué diablo ha podido garrapatear esto aquí? ¡Caballero, caballero!... ¿Lo habéis visto? Mirad...

CASANOVA.—¿Qué hay?

MANÓN.—Venid, mirad lo que hay grabado en el vidrio... "¿Olvidarás a Henriette?..." (*Casanova siente una sacudida en todo su cuerpo, va de prisa a la ventana y mira la escritura.*) ¡Qué locura grabar estas cosas sobre el cristal!

CASANOVA.—¡Es verdad! No se deben escribir estas cosas más que en la arena!

HOSTELERO.—(*Entra con un candelabro encendido.*) ¡Naturalmente! ¡Estaba seguro de ello! ¡El comedor está lleno de

humo! (*Furioso, a las muchachas.*) ¡Id, que yo no os vea más! (*Manón y Rosa se deslizan de la habitación, con gestos detrás del Hostelero.*) Me excusaréis, caballero... Pero ese gran señor... El comedor está lleno de humo..., y como su habitación no está aún arreglada..., seríais muy amable si le cedierais...

CASANOVA.—¿Esta habitación?

HOSTELERO.—Como el señor ha comido casi todos los días en su dormitorio...

CASANOVA.—¡Menos mal que no me enviáis a la cocina! (*Se sienta en la mesa.*) Hacedme servir... Y si no encontráis otro lugar para ese señor, le podéis poner un cubierto en mi mesa. Le invito.

HOSTELERO.—No sé si le agradará... (*Suspira; pone otro cubierto en la mesa.*)

CASANOVA.—¿Y el criado?

HOSTELERO.—¿Qué criado?

CASANOVA.—¡Os he dicho que es preciso que se limpien mis botas de viaje! Enviadle inmediatamente.

HOSTELERO.—Lo siento, pero en este momento es imposible... Está arreglando la habitación de ese señor... Después... no digo que no... Voy a decir a ese señor que le serviré aquí... (*Casanova se sienta a la mesa; echa vino, levanta su vaso y lo mira ante la bujía, lo prueba; después lo deja sobre la mesa gruñendo. El Hostelero entra anunciando.*) ¡El excelentísimo señor marqués de Torrentes. (*Entra Leduc vestido con traje ricamente bordado de oro.*) Su excelencia me excusará... Es solamente por un momento...

LEDUC.—(*Con condescendencia y voz afectada.*) Bien..., bien... Como no avisé mi llegada... (*El Hostelero sale, después de profundas reverencias. Leduc saluda a Casanova con una reverencia. Casanova le mira y le reconoce.*) Si me permitís ocupar un lugar en vuestra mesa... (*Casanova le mira fijamente. Reconociéndolo.*) ¡Ah!... (*Con una risa forzada.*) ¡Qué encuentro!... (*Cada vez más turbado.*) ¡Estoy verdaderamente encantado... Tanto más, cuanto he sabido por el hostelero que vuestra situación... (*Siempre turbado, balbuciente.*) Es verdad que mi situación no es tampoco la más brillante... Mañana he de vender la carroza; pero mi bolsa está a vuestra disposición... Estoy persuadido de que nosotros dos juntos aun podríamos atrapar a la fortuna por el rabo...

CASANOVA.—(*Muy tranquilo.*) Leduc (*Muestra la puerta de la izquierda.*), prepara mis botas de viaje y tráelas inmediatamente. (*Sin mirar a Leduc se sirve la cena y empieza a comer. Leduc, a quien las palabras de Casanova le han herido como una bofetada, se levanta y queda inmóvil. Casanova, re-*

posadamente y después de haber tomado unas cucharadas de sopa.) ¿No me has entendido?

LEDUC.—¡Os ruego...!

CASANOVA.—¡Tráelas inmediatamente!

LEDUC.—(*Con voz temblona.*) Pero...

CASANOVA.—(*Golpea sobre la mesa.*) ¿Qué replicas? (*Leduc quiere decir algo, pero no puede resistir la mirada de Casanova y baja los ojos. Señalando a la izquierda.*) Ahí están, a los pies de mi cama... (*Leduc sale lentamente por la izquierda. Casanova toma algunas cucharadas; después deja bruscamente la cuchara.*) ¡Incomible!... ¡Puaf!... (*Leduc entra con las botas de Casanova en la mano.*) Sí, éstas son. La caja de betún está dentro de una de las botas.

LEDUC.—(*Muy sofocado.*) Como no tenéis un céntimo..., y como yo, con lo que pueda valer la carroza y lo que llevo sobre mí, podría tener unos quinientos cequíes..., he pensado que podríamos poner una banca a medias...

CASANOVA.—¿La has encontrado?

LEDUC.—¿Decía el señor?...

CASANOVA.—¿Que si has encontrado la caja de betún? (*Leduc mete la mano en una de las botas y saca de ella una caja de betún.*) Bien. Las embetunas inmediatamente. Mañana por la mañana nos marchamos... (*Leduc abre la caja y se dispone a limpiar las botas.*) No; antes quítate mi traje para no mancharlo. (*Leduc hace un gesto como si quisiera arrojar las botas, pero bajo la mirada de Casanova las deja, suspira, se quita el traje, lo deja sobre el brazo de una butaca, coge las botas y comienza a limpiarlas. Entra el HOSTELERO con unos platos que deja caer al ver a Leduc.*) ¡Esta sopa es una porquería! ¡Todo lo de esta casa es una indecencia! Afortunadamente mañana saldré de aquí. (*El Hostelero mira con los ojos fijos y muy abiertos a Leduc.*) ¡Sólo vos sois capaz de tal insolencia! ¡Intentar sentar a mi criado en mi mesa!

HOSTELERO.—¿Vuestro criado?...

CASANOVA.—¡Cuando haya limpiado mis botas le daréis de comer en la cocina!

HOSTELERO.—¡Perdonadme..., ex... excelencia!...

CASANOVA.—¿Y mi sortija?

HOSTELERO.—(*Busca con sus manos temblorosas en los bolsillos y saca la sortija.*) Era demasiado tarde para venderla; pero si vuestra excelencia tiene necesidad de partir, puede hacerlo y enviarme esa pequeña suma cuando quiera... (*Le devuelve la sortija.*)

CASANOVA.—Un poco tarde, pero al fin habéis sabido distinguir a las personas de calidad.

HOSTELERO.—¡Excúseme vuestra excelencia!... Si hubiera sa-

bido que tenía el honor de hospedar en mi modesta casa a...

CASANOVA.—Bien..., bien... Traedme solamente un poco de jamón y un poco de queso... ¡Esta maldita sopa me ha quitado el poco apetito que tenía!

HOSTELERO.—Excúseme vuestra excelencia... La cocina está llena de humo; esto es lo que da un gusto extraño a todo lo que sale de ella. (*Se retira después de profundas reverencias. Leduc suspira estrepitosamente.*)

CASANOVA.—¡Cuidado con los suspiros, que vas a apagar las velas!

LEDUC.—¡No he podido contenerlo! Era un suspiro de alivio... Pero, Dios lo sabe, después de estos tres años de señorío, es este mi primer momento feliz. (*Suspirando.*) ¡Al fin estoy tranquilo!

CASANOVA.—(*Riendo.*) ¡Ves tú!... Sólo pueden volar los que tienen alas. Ve a cenar a la cocina y mañana saldremos en la posta... (*Leduc coge las botas y las lleva a la habitación de la izquierda. Entra el HOSTELERO con platos y sale. Casanova come. Leduc vuelve y se coloca detrás de la silla de Casanova.*) Veo que no has olvidado el oficio.

LEDUC.—No es fácil olvidarlo... Cuando compré la carroza, la primera vez, por distracción, monté detrás.

(*Casanova ríe. Leduc sale.*)

CASANOVA.—(*Come algunos bocados; después deja bruscamente su tenedor y mira fijamente la llama de las bujías, apoyando la cabeza sobre las manos. Súbitamente se levanta, coge un candelabro, se dirige a la ventana y lee en el cristal.*) "¿Olvidarás a Henriette?" (*Vuelve, deja el candelabro y pasea por la habitación. Después envuelve su mano con una servilleta y, dando un golpe, rompe el cristal donde está la inscripción. Se oye una música. Un cohete traza una línea de fuego sobre el horizonte negro, estallando en brillantes estrellas. Luces de bengalas rojas y verdes alumbran la habitación. La orquesta lejana comienza a tocar el trozo de melodía que Henriette acompañó en el segundo acto. Se abre la puerta de la derecha. HENRIETTE, vestida de blanco, entra muy tímida. Casanova no quiere creer en lo que ven sus ojos; ahoga un grito que más parece un gemido y avanza hacia ella con paso vacilante. Henriette hace una profunda reverencia. Casanova rápidamente coge uno de los candelabros de la mesa y avanza hacia ella, creyendo que la luz hará desvanecerse aquella visión.*)

HENRIETTE.—Caballero, perdonad el que me haya tomado la libertad de entrar en vuestra habitación, pero he querido veros...

CASANOVA.—(*Con un suspiro que parece un estertor.*) ¡Henriette!

HENRIETTE.—(*Sorprendida.*) ¿Sabéis mi nombre?... ¿Quién os dijo que me llamo así?

CASANOVA.—(*Aproximándose a ella.*) ¡Henriette! (*Henriette retrocede turbada.*) ¿Será esto posible?... ¡Será posible!...

HENRIETTE.—Perdón por haberos importunado; pero antes de partir quería saber si vuestra enfermedad...

CASANOVA.—Entonces... ¿No era la fiebre la que me hacía ver esta querida aparición inclinarse sobre mí, las dulces manos que acariciaban mi frente ardorosa?... Pero ¿cómo es esto posible?

HENRIETTE.—Era lo único que podíamos hacer por el pobre enfermo tan triste, tan abandonado.

CASANOVA.—(*Mira a Henriette como en un sueño, y al apercibirse de un medallón que pende del cuello de ella, tiende su mano temblando para cogerlo. Henriette le alarga el medallón. El mira estupefacto el retrato.*) ¿Entonces no es un sueño? ¡Este es el medallón y el retrato que vi en Cesena hace veintidós años!

HENRIETTE.—¡Es imposible! Hace apenas una semana que el miniaturista lo ha terminado... Me lo han regalado por mi cumpleaños.

CASANOVA.—¿Y quién es esta dama?

HENRIETTE.—Es el retrato de mamá. ¡Pobre mamaíta!... Aun es joven, pero las penas y las inquietudes la han envejecido tanto... Parece que tiene diez años más.

CASANOVA.—¿Y es vuestra madre?

HENRIETTE.—Sí, mamá. Si supiera que he venido aquí, me reprendería. No quiere que nuestro enfermo sepa que fuimos nosotras las que le cuidamos.

CASANOVA.—(*Mirándola fijamente.*) ¿Y ha sido vuestra madre mi enfermera? ¿Y partís hoy?

HENRIETTE.—Sí.

CASANOVA.—No viajéis de noche; es peligroso...

HENRIETTE.—La pobre mamá tiene los ojos tan débiles de haber llorado tanto, que la luz la lastima mucho, y viajamos siempre de noche. El coche nos espera ya... He venido porque... aun no sé por qué. Me voy.

CASANOVA.—(*Cogiéndola la mano.*) ¡Henriette!... ¡Un instante! (*Henriette baja los ojos, turbada bajo la escrutadora mirada de Casanova.*) Perdonadme, pero... ¡os parecéis tanto a una persona que conocí en otros tiempos! ¿Me permitís que te llame Henriette?

HENRIETTE.—Sí... Mamá me ha hablado tanto de vos... Me

ha contado tantas cosas bonitas, que sin conoceros os quería ya casi tanto como a mi padre...

CASANOVA.—¿Casi tanto como a vuestro padre?...

HENRIETTE.—Pero... ¿qué tenéis?... ¿Os sentís mal?

CASANOVA.—No, gracias... No es nada... Decías que ella te hablaba de mí...

HENRIETTE.—Mientras velábamos cerca de vuestro lecho hablábamos bajo, casi cuchicheando, durante horas enteras, y parecía que mamá no era a mí a quien hablaba, sino a ella misma.

CASANOVA.—Y tú, ¿tú no has adivinado?...

HENRIETTE.—He querido adivinar... En fin, aun soy una niña... Ayer cumplí veintiún años.

CASANOVA.—(*Mirándola con gran atención.*) ¡Veintiún años!...

HENRIETTE.—Sólo pensaba en que llegara este día. Me habían ofrecïdo obsequiarme con una excursión...

CASANOVA.—¡Veintiún años!

HENRIETTE.—Pero mamá no ha querido ir; no sale nunca de su habitación desde que llegamos aquí. No quiere que la vean.

CASANOVA.—¿Y está muy triste?

HENRIETTE.—Mucho, y con una gran inquietud... Mi padre ha muerto hace seis años... Mi madre no ha sabido administrar los bienes... Vamos muy de prisa camino de la pobreza.

CASANOVA.—¡Sois pobres!...

HENRIETTE.—Y no es esto lo más triste. Lo peor para mí es que forzosamente tenemos que vivir en París. Hoy volvemos allí, y sabe Dios cuando podré salir de aquellas negras murallas que me ahogan. (*Entusiasmada.*) ¡Yo adoro el campo, los prados!

CASANOVA.—(*Extrañado.*) ¿Te gusta el campo?

HENRIETTE.—Sí; pero lo que más me gusta es el bosque; el bosque es el palacio de los pobres. ¿No os gusta a vos?

CASANOVA.—¿El campo? Mi coche se atascaba en los caminos, y esto me causaba grandes molestias.

HENRIETTE.—¡Oh!, es delicioso correr al alba por ellos entre los tallos de trigo, sobre la hierba llena de gotas de rocío, las amapolas... ¿Y el lago? (*Se acerca a la ventana.*) Ahora con los cohetes y las luces no está tan bonito; pero en las noches silenciosas, cuando parece un pecho de mujer levantado por un dulce suspiro... (*Casanova se acerca a ella.*) ¿Y el cielo estrellado?...

CASANOVA.—Nunca pensé en mirarlo.

HENRIETTE.—Yo sí. Me enseñó a ello mi gran maestro.

CASANOVA.—¿Quién?...

HENRIETTE.—Juan Jacobo Rousseau. ¿Le conocéis?

CASANOVA.—Una vez le visité. Es una especie de loco que detesta a la humanidad.

HENRIETTE.—(*Enojada.*) ¡Es un santo!... Es preciso que me vaya. Mamá me espera.

CASANOVA.—(*Cogiéndola de la mano.*) Henriette... Ayer fué tu cumpleaños. ¿Me permites que te ofrezca este pequeño recuerdo?... (*Saca la sortija de su dedo.*) ¡Yo quisiera ofrecerte cien, mil veces más!... He gastado doce millones durante estos veintidós años y... ¡ahora que nada tengo sé que sois pobres!

HENRIETTE.—¡Pobres!... ¿Sabéis cuánto le cuesta al año al pueblo la Pompadour?

CASANOVA.—Treinta millones; una bagatela para capricho de un rey.

HENRIETTE.—Dice mi maestro que felizmente esto no durará y que todo será roto por la voluntad soberana del pueblo, y que entonces todo cambiará y habrá pan blanco sobre la mesa de aquellos que riegan la tierra con su sudor. (*Dice esto con un gesto de entusiasmo y fe que asombra a Casanova.*)

CASANOVA.—Pensé que sólo había veintidós años de distancia entre nosotros; pero no: hay muchos más. ¡Todo un siglo!

HENRIETTE.—(*Escuchando hacia la puerta.*) Me parece que me llama mamá.

CASANOVA.—No..., no... (*Súbitamente.*) Henriette... (*La coge la mano y le coloca la sortija.*)

HENRIETTE.—Gracias...

CASANOVA.—(*Besándola la mano.*) Henriette... (*Muy quedo, temblándole la voz.*) ¡Hijita de mi alma!...

UNA VOZ.—(*Desde fuera.*) ¡Henriette!

HENRIETTE.—Es mamá. Voy a llamarla...

CASANOVA.—No..., no...

HENRIETTE.—Sí..., sí...; voy a llamarla.

CASANOVA.—Si pudiera volverle la juventud, si pudiera cubrirla de oro, sí; ¡pero como enfermera!...

HENRIETTE.—Sí.

CASANOVA.—(*Enérgico.*) ¡No, no quiero!

UNA VOZ.—¡Henriette!

HENRIETTE.—¡Voy, mamá!

UNA VOZ.—El coche está dispuesto; ven de prisa, corre...

(*Sobre la cortina de muselina del fondo se dibuja a la vislumbre de los cohetes la silueta de Henriette, que pasa ante la puerta. Casanova, inclinado, sigue ansiosamente con la mirada a la sombra que pasa.*)

HENRIETTE.—Es mamá... (*Pausa.*) Me voy...

CASANOVA.—Adiós...

HENRIETTE.—(*Dirigiéndose hacia la puerta.*) ¡Adiós!

CASANOVA.—¡Henriette!

HENRIETTE.—(*Volviéndose.*) ¿Decíais algo?

CASANOVA.—(*Se precipita hacia ella; quiere estrecharla en sus brazos; pero con un sobrehumano esfuerzo se contiene y sólo dice con un quejido.*) ¡¡A...di...ós!!...

(*Henriette sale. Casanova va con paso vacilante hacia la ventana. Se oye el rodar de un coche que se aleja. Vuelve y se sienta ante la mesa. Bebe, toma rapé, estornuda. Gruñe de él mismo. Su cabeza se abate sobre su pecho; las bujías están ya casi consumidas; sus llamas danzan en la corriente de aire que penetra por la ventana abierta. Se duerme. MANON y ROSA, en camisa de noche, entran sobre la punta de los pies y se aproximan a Casanova. Manón se inclina sobre él. Casanova ronca.*)

ROSA.—(*Tiritando.*) ¡Qué frío hace aquí!

MANÓN.—(*Muy bajo.*) ¡Está dormido!

ROSA.—Voy a acostarme...

MANÓN.—(*Mirando a Casanova.*) Creí que era más joven.

ROSA.—¡Pobre viejo! (*Apagan las bujías y salen, andando de puntillas y ahogando las risas.*)

TELON LENTO

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18.--Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

LA FARSA

Publicará en su próximo número

SEIS PESETAS

DE

LUIS DE VARGAS

Una de las comedias de mayor éxito de la última temporada

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección

Se ha puesto a la venta el tomo 1.° de las

OBRAS ESCOGIDAS

de

D. CARLOS ARNICHES

Contiene tres de las obras más representativas y celebradas de este ilustre y popular autor:

LA CHICA DEL GATO, EL SEÑOR ADRIAN EL PRIMO Y LAS ESTRELLAS

Lleva, además, este primer tomo, un prólogo del gran escritor JOSE CARNER, en el que éste estudia, de modo magistral, algunas características del teatro de Arniches.

CUATRO PESETAS

En todas las librerías y en Editorial Estampa, Paseo de San Vicente, n.° 18.—MADRID

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid